



EL
NAUFRAGIO
DEL
TITÁN

MORGAN ROBERTSON

Lectulandia

La historia trata sobre el transatlántico Titán y su hundimiento, el cual guarda muchas similitudes con el transatlántico RMS Titanic, que se hundiría catorce años después. «En 1898 un palacio flotante zarpó desde Southhampton para cruzar el Atlántico. Era el crucero más grande y lujoso jamás construido, y sus pasajeros eran los más distinguidos miembros de la burguesía mundial. Era descrito como *inhundible*, pero estaba destinado a nunca alcanzar su destino: el casco sería abierto por un iceberg y se hundiría dejando apenas unos cuantos sobrevivientes».

Lectulandia

Morgan Robertson

El naufragio del Titán

Futilidad

ePub r1.0

Himali 21.09.13

Título original: *Futility, or The Wreck of the Titan*

Morgan Robertson, 1898

Traducción: Íñigo Jáuregui

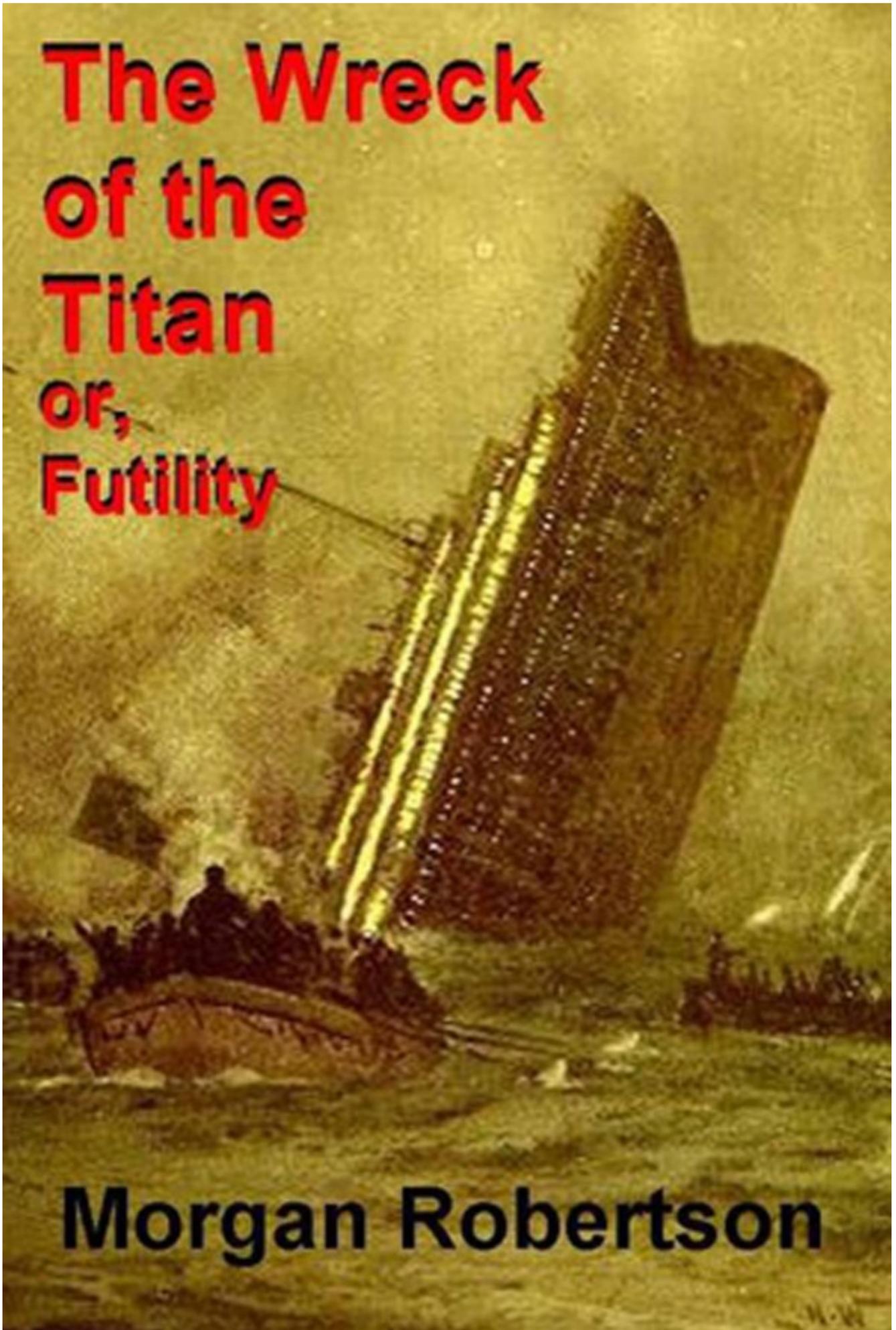
Retoque de portada: Himali

Editor digital: Himali

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

The Wreck of the Titan or, Futility



Morgan Robertson

Las similitudes entre la novela de Robertson y el desastre del Titanic son realmente sorprendentes que incluso parece que la compañía White Star Line construyó el RMS Titanic según las especificaciones de Robertson. El Titán fue descrito como «*el mayor navío a flote realizado por del hombre, igual que un hotel de primera clase*», y por supuesto «*insumergible*».

Lo escalofriante de todo el asunto es que fue escrita catorce años antes del viaje del Titanic, y coincide en un 98% de las circunstancias con el acontecimiento real ¿Cómo es posible tal cantidad de coincidencias? Por ejemplo; los nombres de los barcos, las causas lejanas, psicológicas y culturales del drama; el orgullo técnico empaña la razón: se lanza a la niebla para batir un récord incumpliendo las normas; los lugares: el Atlántico norte, a la altura de Terranova; la época del año: una noche de abril; la causa inmediata: la colisión con iceberg; la causa de pérdidas humanas: la falta de botes para salvamento. Las coincidencias nos acercan a una sobrecogedora interpretación de esta historia, tal como lo muestra la siguiente gráfica.

	TITÁN	TITANIC
Pasajeros y equipaje	3 000	2 207
Botes de salvamento	24	20
Tonelaje	75 000	66 000
Longitud	240 m.	268 m.
Velocidad de impacto	25 nudos	23 nudos
Numero de hélices	3	3
Fecha o mes del hundimiento	Abril	Abril
Causa del hundimiento	Fe ciega en la tecnología	Fe ciega en la tecnología
Rotura del casco	A estribor	A estribor

Robertson declaró durante toda su vida que su inspiración venía de un «colaborador astral», para utilizar sus propias palabras, es decir, de un espíritu que le guiaba e inspiraba sus trabajos literarios. Esta es la única respuesta que daba para

explicar estas coincidencias extraordinarias entre la ficción y la realidad. A pesar de la reedición de su obra, no recoge los frutos de su sorprendente premonición después del naufragio del Titanic, ya que los lectores prefieren conocer los detalles sensacionales de la investigación en vez de la ficción, aunque esté marcada por un extraño sello.

CAPÍTULO I

Era el barco más grande del mundo que surcara los mares y la más fabulosa máquina creada por el hombre. En su construcción y mantenimiento habían intervenido todas las ciencias, profesiones y oficios conocidos. En su puente había oficiales que, además de ser elegidos por la Armada Real, habían superado rigurosos exámenes de todas las materias relacionadas con vientos, mareas, corrientes y geografía marina. No solo eran hombres de mar, sino también científicos. El mismo criterio profesional se aplicó al personal de la sala de máquinas, y el equipo de sobrecargos era equiparable al de un hotel de primera.

Dos bandas de música, dos orquestas y una compañía de teatro entretenían a los pasajeros durante las horas de vigilia; un cuerpo de médicos cuidaba del bienestar temporal y otro de capellanes atendía el bienestar espiritual de todos los pasajeros, mientras una brigada de bomberos bien entrenada calmaba a los más inquietos y contribuía al entretenimiento general con prácticas diarias.

De su puente majestuoso corrían, disimuladas, líneas de telégrafo hasta la proa, la sala de máquinas, la cofa de vigía y a todas las partes del barco donde se realizaba el trabajo. Cada cable terminaba en un dial visible con un indicador móvil que contenía todas las órdenes y respuestas necesarias para gobernar el inmenso casco, tanto en el muelle como en el mar, lo que eliminaba en gran medida los gritos roncós y exasperantes de los oficiales y marineros.

Las noventa y dos puertas de los diecinueve compartimentos estancos podían cerrarse en medio minuto girando una palanca desde el puente, la sala de máquinas y desde otros doce puntos de la cubierta. Esas compuertas también se cerrarían automáticamente en caso de detectar agua. Aun con nueve compartimentos inundados el barco seguiría flotando y, puesto que ningún accidente marítimo conocido podía anegar tantos, el Titán se consideraba prácticamente insumergible.

Construido íntegramente de acero, y únicamente para el transporte de pasajeros, no llevaba ningún cargamento inflamable que amenazara destruirlo con un incendio. Eso había permitido a sus diseñadores renunciar al fondo plano de los cargueros y darle la elevación del fondo —o inclinación de quilla— de un yate de vapor, lo que mejoraba su comportamiento en las rutas marítimas. Tenía una longitud de 245 metros, un desplazamiento de 70 000 toneladas y una potencia de 75 000 caballos, y en su viaje de prueba había navegado a una velocidad media de 25 nudos por hora, en medio de fuertes vientos, mareas y corrientes. Resumiendo, era una ciudad flotante que contenía entre sus paredes de acero todo lo que tiende a minimizar los peligros e incomodidades de una travesía atlántica y hace la vida agradable.

Insumergible e indestructible, el Titán llevaba el mínimo número de botes exigido por la ley. Estos, en un total de veinticuatro, estaban bien cubiertos y amarrados a sus pescantes en la cubierta superior y, en caso de ser lanzados, podían transportar a quinientas personas. El Titán no llevaba pesados e inútiles botes salvavidas, pero, puesto que la ley así lo exigía, cada una de las trescientas literas de los camarotes de los pasajeros, oficiales y tripulantes contenía un chaleco de corcho, y había unas veinte boyas salvavidas repartidas a lo largo de la barandilla.

En vista de su absoluta superioridad sobre el resto de embarcaciones, la compañía naviera anunció que se aplicaría una regla de navegación en la que creían firmemente varios capitanes, aunque todavía no la siguieran abiertamente. El barco avanzaría a toda máquina en medio de nieblas, tormentas o de un sol radiante, siguiendo la ruta septentrional, en invierno y en verano, por las siguientes y buenas razones: primero, porque, de ser embestido por otra embarcación, la fuerza del impacto se distribuiría sobre un área mayor si el Titán avanzara a toda máquina, siendo el otro barco el que llevaría la peor parte. Segundo, porque si el agresor fuera el Titán, no hay duda de que destruiría a la otra embarcación aunque avanzara a velocidad media, y puede que él también sufriera desperfectos; mientras que a toda máquina partiría al otro barco por la mitad, sin sufrir ningún daño que no pudiera repararse con una brocha. En uno u otro caso, y como mal menor, era preferible que sufriera el casco más pequeño. La tercera razón era que a toda máquina sería más fácil llevarlo fuera de peligro y, la cuarta, que en caso de choque inminente con un iceberg —el único escollo que no podría superar—, su proa quedaría aplastada apenas algunos centímetros más yendo a toda máquina que a media, y se inundarían a lo sumo tres compartimentos, lo que no sería preocupante al disponer de seis más.

Así pues, se confiaba en que, una vez hubiera calentado motores, el Titán desembarcaría a sus pasajeros a cinco mil kilómetros con la prontitud y regularidad de un tren. Había batido todos los récords en su primera travesía, pero hasta su tercer viaje de regreso no había bajado el registro entre Sandy Hook y Daun't Rock hasta dejarlo en cinco días, y se hizo correr el rumor entre los dos mil pasajeros embarcados en Nueva York de que en esta ocasión se harían esfuerzos por conseguirlo.

CAPÍTULO II

Ocho remolcadoras arrastraron la gran mole hasta la corriente, con su morro apuntando hacia el río. El piloto dijo unas palabras en el puente; el primer oficial dio un breve toque de silbato y giró una palanca; las remolcadoras se pusieron en fila y se retiraron; en las entrañas del barco se encendieron tres motores pequeños y se aumentó la potencia de tres grandes; tres hélices empezaron a girar, y el mastodonte, vibrando con un temblor que recorrió su gigantesco armazón, comenzó a moverse lentamente hacia el mar.

Al este de Sandy Hook el piloto se dejó ir y comenzó el verdadero viaje. Quince metros por debajo de cubierta, en un infierno de ruido, calor, luz y sombra, los paleros cargaban el combustible desde las carboneras al horno, donde fogoneros medio desnudos, con rostros que parecían los de demonios atormentados, lo arrojaban a las ochenta bocas ardientes de las calderas. En la sala de máquinas los engrasadores entraban y salían del maremágnun de acero que caía vertiginosamente, brillando y retorciéndose, cargados de latas de aceite y desechos, y supervisados por el atento personal de servicio, que escuchaba con gesto tenso en busca de alguna nota discordante en el confuso revoltijo de sonidos (un chasquido de acero fuera de tono, por ejemplo, señal de una llave o tuerca demasiado floja). En cubierta, los marineros izaban las velas triangulares de los dos mástiles para aumentar más aún la propulsión del veloz gigante, y los pasajeros se dispersaron a gusto de cada cual. Unos se sentaron, bien abrigados —porque, aunque era abril, el aire marino era frío—; otros recorrían la cubierta para estirar las piernas; otros escuchaban tocar a la orquesta en el salón de música, o leían o escribían en la biblioteca, y unos pocos se fueron a sus camarotes, mareados por el leve balanceo del barco.

Las cubiertas estaban despejadas y los relojes sincronizados a mediodía, y entonces comenzó la inacabable labor de limpieza a la que los marineros de un barco de vapor dedican gran parte de su tiempo. Encabezada por un contramaestre, una cuadrilla acudió a popa de estribor y, pertrechada de cubos y brochas, se distribuyó a lo largo de la barandilla.

—Caballeros, atención a los pescantes y puntales, no se preocupen por la barandilla —dijo el contramaestre—. Las damas, muevan las sillas un poco hacia atrás. Rowland, baje de ahí o caerá por la borda. Coja un ventilador... no, salpicará la pintura; deje el cubo y pida papel de lija a los suboficiales.

El marinero en cuestión —un hombre menudo de unos treinta años, barba negra, semblante vigoroso y bronceado, aunque de mirada acuosa y movimientos vacilantes — bajó de la barandilla y avanzó arrastrando los pies cargado con el cubo. Cuando

llegó junto al grupo de mujeres a las que se había dirigido el contraamaestre, sus ojos se posaron en una de ellas —una joven de cabellos resplandecientes y con el azul del mar en la mirada—, que se había levantado al verlo acercarse. Él se sobresaltó, se apartó como para evitarla y, alzando la mano en una especie de torpe saludo, pasó de largo. Fuera de la vista del contraamaestre, se apoyó en la caseta de cubierta, jadeando y apretándose el pecho con la mano.

«¿Qué es esto?», murmuró, fatigado; «¿los nervios producidos por el whisky o el revoloteo agonizante de un amor insatisfecho? Ya han pasado cinco años, y una mirada suya puede dejarme sin una gota de sangre en las venas y traer de nuevo todos los anhelos y la desesperación que llevan a un hombre a la locura... o a esto». Miró su mano temblorosa, llena de cicatrices y manchada de brea, continuó su camino y volvió con el papel de lija.

La joven había quedado igualmente afectada por el encuentro. Una expresión en la que se mezclaban la sorpresa y el terror había cubierto su hermoso aunque lánguido rostro y, sin responder al torpe saludo de él, cogió a una niña pequeña que estaba detrás de ella y, abriendo la puerta del salón, entró presurosa en la biblioteca, donde se derrumbó en una silla junto a un caballero con aspecto militar, que levantó la vista de su libro y dijo:

—Myra, ¿qué ocurre? ¿Acaso has visto a la serpiente marina o al Holandés Errante?

—Oh, no, George —respondió ella, turbada—. John Rowland está aquí. El teniente Rowland. Acabo de verlo... Está tan cambiado... Ha intentado hablarme.

—¿Quién, ese antiguo novio tuyo tan problemático? Ya sabes que nunca llegué a conocerlo, y no me has hablado mucho de él. ¿Qué es, primer oficial?

—No, parece un marinero raso. Estaba trabajando, y vestía ropas viejas y mugrientas. Tenía un rostro tan corrompido... Parece haber caído muy bajo desde que...

—¿Desde que lo rechazaste? Bueno, no es culpa tuya, cariño. Quien lo lleva dentro acabará destruyéndose de todos modos. ¿Todavía se siente agraviado? ¿Te sigue guardando rencor? Te veo muy disgustada. ¿Qué te ha dicho?

—No sé, no me ha dicho nada. Siempre me dio miedo. Me lo he encontrado tres veces desde entonces, y en sus ojos veo una mirada tan aterradora... Y aquella vez se puso tan violento y obcecado, tan terriblemente enfurecido... Me acusó de engañarlo y de jugar con él, y dijo algo de una ley inmutable del azar y de cierto equilibrio que gobierna los acontecimientos... algo que no logré entender, salvo cuando dijo que todos habremos de padecer el mismo sufrimiento que hemos causado a los demás. Después se marchó, lleno de ira. Desde entonces he temido que se tomara venganza y pudiera raptar a nuestra pequeña —apretó a la sonriente criatura contra su pecho y prosiguió—. Al principio me gustaba, hasta que descubrí que era ateo; porque,

George, negaba la existencia de Dios, ¡y delante de mí, una cristiana confesa!

—No le faltaba atrevimiento, desde luego —dijo el marido, sonriendo—. Y yo diría que no te conocía demasiado bien.

—Nunca me pareció el mismo después de aquello —prosiguió ella—; me sentía como en presencia de algo sucio. Con todo, pensaba en lo maravilloso que sería salvarlo ante Dios y convencerle del amoroso cuidado de Jesús, pero él ridiculizaba todo lo que para mí era sagrado, y decía que valoraba tanto mi estima que no actuaría hipócritamente con tal de ganarla, y que sería honesto consigo mismo y con los demás y expresaría su honesto descreimiento. Entonces, un día, percibí licor en su aliento —él siempre olía a tabaco— y lo dejé. Fue entonces cuando tuvo ese arrebato.

—Sal y muéstrame a ese réprobo —dijo el marido, poniéndose en pie. Fueron hacia la puerta y la joven inspeccionó la cubierta—. Es el último de allí, junto a la cabina —dijo, ocultándose. El marido salió un momento.

—¡Caramba! ¿El rufián de mirada triste que está fregando el ventilador? Así que ese es el Rowland de la Marina, ¿no? Eso sí que es caer en picado. ¿No lo degradaron por conducta impropia ante un oficial? ¿Y no se cogió una buena curda en la recepción del Presidente? Creo haberlo leído en algún sitio.

—Sé que perdió su puesto y que cayó en desgracia —respondió su mujer.

—Bueno, Myra, ahora el pobre diablo es inofensivo. Llegaremos a puerto en pocos días, y no tienes por qué cruzarte con él en esta inmensa cubierta. Si le queda algo de sensibilidad, estará tan incómodo como tú. Es mejor que te quedes dentro, se está levantando niebla.

CAPÍTULO III

Cuando el reloj dio la medianoche, se encontraron con una violenta borrasca que soplaba desde el noreste y que, sumada a la velocidad del barco, formaba sobre cubierta una corriente de viento frío muy desagradable. El mar de proa, agitado al compararlo con su gran longitud, dio al Titán sucesivas embestidas seguidas de temblores que se sumaron a las continuas vibraciones de las máquinas, cada una de las cuales envió a la jarcia nubes de espeso vapor que llegaron hasta la cofa de vigía y golpearon las ventanas de la cabina del piloto con un bombardeo líquido que habría roto un cristal común y corriente. Un banco de niebla, en el que el barco se había engolfado por la tarde, seguía envolviéndolo, húmedo e impenetrable, y el poderoso crucero acometió con la misma velocidad el gris y huidizo muro que tenía enfrente, con dos oficiales de cubierta y tres vigías aguzando la vista y el oído, atentos a cualquier incidencia.

A las doce y cuarto dos hombres avanzaron lentamente desde la oscuridad hasta el extremo del largo puente y gritaron al primer oficial, que acababa de hacerse cargo de la cubierta, los nombres de sus relevos. El oficial retrocedió hasta la cabina del piloto y se los repitió al intendente que estaba en el interior, quien los apuntó en el diario de a bordo. Entonces los hombres desaparecieron para tomar café y atender a sus obligaciones fuera de la guardia. Instantes después, una figura empapada apareció en el puente e informó del relevo en la cofa de vigía.

—¿Rowland, dice? —gritó el oficial en medio del aullido del viento—. ¿Es el mismo al que ayer subieron borracho a bordo?

—Sí, señor.

—¿Y todavía le dura la borrachera?

—Sí, señor.

—Está bien. Contramaestre, ponga a Rowland en la cofa de vigía —dijo el intendente, y, usando las manos a modo de altavoz, rugió—: ¡Allí!

—Sí, señor —fue la respuesta, clara y atronadora en medio de la galerna.

—Mantenga los ojos abiertos y esté atento al menor detalle.

—Muy bien, señor.

«Este ha estado en la Armada, a juzgar por su respuesta. Malo», masculló el oficial, que volvió a su puesto en la parte delantera del puente, donde la barandilla de madera permitía resguardarse del viento cortante, para comenzar la larga vigilia que solo terminaría cuando el segundo oficial lo relevara cuatro horas más tarde. Estaba prohibida la conversación entre los oficiales del puente del Titán, excepto sobre cuestiones relacionadas con el trabajo, y el otro vigía, el tercer oficial, permaneció al

otro lado de la inmensa bitácora del puente y solo dejó su puesto para echar un vistazo al compás, lo que parecía ser su único deber en el mar. Resguardados por una de las casetas de cubierta, el contraмаestre y el vigía caminaban de un lado a otro, aprovechando las dos únicas horas de descanso que concedía el reglamento del barco, pues la jornada de trabajo había terminado con el descenso del otro vigía y a las dos empezaría la limpieza del entrepuente, la primera tarea del día siguiente.

Cuando sonó el toque de campana, que se repitió desde la cofa y fue respondido por un grito prolongado de los vigías —«¡Todo en orden!»—, ya se había retirado el último de los dos mil pasajeros a bordo, dejando las espaciosas cabinas y el entrepuente a los vigías. Entretanto, profundamente dormido en su camarote de popa junto a la sala de derrota, se hallaba el capitán, el comandante que nunca comandaba, a menos que el barco corriera algún peligro, pues el piloto era el responsable de atracar y salir del puerto, y los oficiales de la navegación en alta mar.

Sonaron dos campanas, que recibieron la consiguiente respuesta; luego sonó una tercera, y el contraмаestre y sus hombres estaban encendiendo el último cigarrillo cuando resonó sobre sus cabezas un grito despavorido procedente de la cofa de vigía:

—¡Señor, hay algo delante de nosotros! ¡No logro distinguirlo!

El primer oficial corrió al telégrafo de la sala de máquinas y agarró la palanca.

—¡Dígame lo que ve! —rugió.

—¡Es difícil decirlo, señor... Un barco en la amura de estribor, justo enfrente! —respondió el vigía.

—¡Todo a babor! —repitió el primer oficial al timonel, que contestó y obedeció. Nada se alcanzaba a ver todavía desde el puente. El poderoso motor de popa hizo que se atascara el timón, pero, antes de que la línea de fe atravesara tres grados en el compás, un aparente espesamiento de la oscuridad y de la niebla delante del barco se disolvió hasta dejar ver las velas cuadradas de un carguero que venía contra la proa del Titán, a menos de la mitad de su longitud.

—¡H-L y d-...! —murmuró el primer oficial—. ¡Mantenga el rumbo, timonel! ¡Permanezcan bajo cubierta! —gritó, girando la palanca que cerraba los compartimentos y pulsando un botón—. ¡Con el camarote del capitán! —dijo agachándose, a la espera del choque.

Pero apenas hubo tal. Un ligero zarandeo sacudió la parte delantera del Titán y de su mastelero de proa cayó repiqueteando una lluvia de pequeños palos, velas y cables de alambre. Entonces, en medio de la oscuridad reinante, dos figuras más oscuras aún pasaron como un rayo: las dos mitades del barco que había atravesado el Titán, y de uno de esos bultos, en el que seguía encendida una lámpara de bitácora, llegó, por encima del confuso revuelo de gritos y alaridos, la voz de un marinero:

—¡Qué Dios os maldiga a vosotros y a vuestro maldito cuchillo, hatajo de asesinos!

Las figuras fueron engullidas en la oscuridad de popa, los gritos, acallados por el clamor de la galerna, y el barco retomó su rumbo. El primer oficial no había girado la palanca del telégrafo de la sala de máquinas.

El contraмаestre subió apresuradamente los escalones del puente en busca de instrucciones.

—Ponga hombres en las cargas y en las puertas. Mande a todo el que llegue a cubierta a la sala de derrota. Diga a los vigías que averigüen qué saben los pasajeros, y despeje los restos del accidente lo antes posible —el oficial dio estas instrucciones con voz áspera y tensa, y el contraмаestre respondió con un entrecortado «Sí, sí, señor».

CAPÍTULO IV

El vigía de cofa, veinte metros por encima de cubierta, había visto todos los detalles del desastre, desde que divisara las velas del infortunado barco entre la niebla hasta que sus compañeros limpiaron el último rastro del accidente. Cuando fue relevado a los cuatro toques de campana, bajó con tan poca fuerza en sus extremidades como lo permitía la seguridad en la jarcia. El contra maestre se encontró con él en la barandilla.

—Rowland, notifique su relevo y preséntese en la sala de derrota —dijo.

En el puente, mientras daba el nombre de su relevo, el primer oficial le apretó la mano y repitió la orden del contra maestre. En la sala de derrota vio al capitán del Titán, pálido y agitado, sentado junto a una mesa y, a su alrededor, a toda la guardia de cubierta, excepto los oficiales, vigías y timoneles. Allí estaban los vigías de cabina y algunos de los de cubierta, entre los que había fogoneros y paleros de calderas, así como algunos ociosos lampareros, pañoleros y carniceros que, al dormir en la proa, se habían despertado por el terrible golpe del enorme cuchillo en el que vivían.

Tres carpinteros estaban de pie junto a la puerta, sosteniendo varillas de sondeo que acababan de enseñar al capitán... secas. En todos los rostros, del capitán hacia abajo, se advertía una mirada de horror y expectación. Un suboficial entró tras Rowland y dijo:

—Señor, el ingeniero no sintió ninguna sacudida en la sala de máquinas, y las calderas están en calma.

—Y sus hombres no informaron de ninguna alarma en las cabinas. ¿Qué hay del piloto? ¿Ha vuelto ese hombre? —preguntó el capitán. Otro vigía apareció mientras hablaba.

—Duerme como un lirón en el entrepuente, señor —dijo. En ese momento entró un suboficial con el mismo informe de los castillos de proa.

—Muy bien —dijo el capitán, poniéndose en pie—; vengan de uno en uno a mi oficina: primero los hombres de guardia, luego los suboficiales de tercera y después el resto. Los suboficiales vigilarán en la puerta que no salga nadie hasta que yo haya hablado con todos.

Pasó a otra sala, seguido por un hombre de guardia, que salió al poco y subió a cubierta con semblante más alegre. Luego entró y salió otro, y después otro, y otro, hasta que todos menos Rowland hubieron comparecido en ese espacio sagrado, y todos mostraban la misma expresión complacida y satisfecha al salir de allí. Cuando entró Rowland, el capitán, sentado junto a un escritorio, le hizo señas de que se sentara y le preguntó su nombre.

—John Rowland —respondió. El capitán lo anotó.

—Tengo entendido que estaba usted en la cofa cuando ocurrió el desafortunado choque —dijo.

—Sí, señor, e informé del barco en cuanto lo vi.

—No está aquí para ser censurado. Naturalmente, es consciente de que no se pudo hacer nada ni por impedir el desastre ni por salvar vidas después.

—No a una velocidad de veinticinco nudos por hora en medio de una espesa niebla, señor —el capitán miró duramente a Rowland y frunció el ceño.

—No vamos a discutir la velocidad del barco, amigo mío, ni las reglas de la compañía —dijo—. Cuando le paguen en Liverpool, encontrará un paquete a su nombre en la oficina de la compañía con libras en pagarés. Lo recibirá a cambio de su silencio respecto a este choque, cuya publicidad pondría a la compañía en un aprieto y no ayudaría a nadie.

—Se equivoca, capitán, no aceptaré el dinero, y hablaré de este asesinato en masa a la menor oportunidad.

El capitán se echó hacia atrás y miró fijamente el rostro macilento y la figura temblorosa del marinero, que tan mal casaban con sus palabras desafiantes. En circunstancias normales lo habría enviado a cubierta para que los oficiales se ocuparan de él, pero aquella no era una circunstancia normal. En esos ojos acuosos había una mirada de susto, horror y honesta indignación; su dicción era la de un hombre instruido, y las consecuencias que todo aquello podía tener sobre el capitán y sobre la compañía para la que trabajaba —ya bastante complicada e involucrada en sus intentos por evitarlas—, consecuencias que aquel hombre podía precipitar, eran tan graves que cuestiones como la insolencia o la diferencia de rango no debían tenerse en cuenta. Necesitaba enfrentarse y someter a ese bárbaro en terreno común, de hombre a hombre.

—¿Se da cuenta —preguntó, sin perder la calma— de que se quedará solo, será desacreditado, perderá su puesto y se ganará muchos enemigos?

—Me doy cuenta de eso y de mucho más —respondió Rowland, excitado—. Sé el poder de que usted está investido como capitán. Sé que puede arrestarme aquí mismo por cualquier falta que se le ocurra. Y sé que una entrada sobre mí sin testigos que la corroboren en su diario de a bordo sería prueba suficiente para condenarme a cadena perpetua. Pero también sé una cosa del derecho marítimo: que desde mi celda puedo mandarles a usted y a su primer oficial a la horca.

—Se equivoca usted en su concepto de prueba. Yo no podría hacer que lo condenaran por una anotación mía en el diario de a bordo, ni usted podría ofenderme desde una cárcel. ¿Qué es usted, si puedo preguntarlo? ¿Un exabogado?

—Licenciado en Annapolis. Su equivalente técnico y profesional.

—¿Y tiene intereses en Washington?

—Ninguno.

—¿Y qué se propone adoptando esta actitud, que no puede traerle nada bueno, aunque tampoco la desgracia de la que habla?

—Ser capaz de hacer un acto valiente y generoso en mi inútil vida, contribuir a suscitar tal sentimiento de ira en ambos países que acabe para siempre con esta vergonzosa destrucción de vidas y propiedades por alcanzar más velocidad, y salvar los cientos de pesqueros y otros barcos que son embestidos cada año para devolverlos a sus dueños, y las tripulaciones a sus familias.

Los dos hombres se habían puesto en pie, y el capitán empezó a andar de un lado para otro mientras Rowland, con la mirada relampagueante y los puños apretados, hacía su declaración.

—Un resultado muy deseable, Rowland —dijo aquel—, pero fuera de su capacidad o de la mía para hacerlo posible. ¿Es suficiente la cantidad que he nombrado? Quizá podría usted ocupar mi puesto en el puente...

—Y uno más alto, pero su compañía no tiene dinero suficiente para comprarme.

—Parece un hombre sin ambición, pero tendrá sus necesidades.

—Comida, ropa, un techo y whisky —dijo Rowland, sonriendo con amargura y desprecio por sí mismo.

El capitán bajó una botella y dos vasos de una oscilante bandeja y, poniéndoselos delante, dijo:

—Esta es una de sus necesidades. No se prive —los ojos de Rowland brillaban mientras el capitán llenaba un vaso hasta los bordes.

Este prosiguió:

—Beberé con usted, Rowland —dijo—; brindo por un mejor entendimiento entre nosotros. Y se bebió el licor. Rowland, que había esperado, dijo:

—Prefiero beber solo, capitán —y vació su vaso de un trago. El capitán enrojeció ante esa afrenta, pero se contuvo.

—Ahora suba a cubierta, Rowland —dijo—; hablaré de nuevo con usted antes de que lleguemos a la costa. Entretanto le pido —le pido, no le exijo— que no hable de esto con sus compañeros.

Cuando las ocho campanadas anunciaron el relevo del primer oficial, el capitán dijo a este:

—Es un desecho humano con la conciencia temporalmente activa, pero no se dejará comprar ni intimidar: sabe demasiado. Sin embargo, hemos encontrado su punto débil. Si desvaría antes de llegar a puerto, su testimonio no tendrá ningún valor. Emborráchelo, que yo hablaré con el médico para informarme de alguna droga.

Cuando Rowland volvió para desayunar aquella mañana al oír las siete campanadas, notó que había una botella en el bolsillo de su zamarra, pero no la sacó delante de sus compañeros de guardia.

—Vaya, capitán —pensó—, realmente es usted el canalla más simple y vulgar que jamás ha escapado de la ley. Guardaré su estupefaciente como prueba.

Pero la botella no contenía ninguna droga, como descubrió después. Era buen whisky —el mejor— para hacerle entrar en calor mientras el capitán investigaba.

CAPÍTULO V

Esa mañana ocurrió un percance que distrajo a Rowland de los incidentes de la noche anterior. Unas pocas horas de sol radiante habían atraído a los pasajeros a cubierta como abejas de un panal, y dos amplias cubiertas de paseo recordaban por su animación y colorido a las calles de una ciudad. Los vigías estaban ocupados en la inevitable limpieza, y Rowland, con un estropajo y un cuchillo, limpiaba la pintura blanca del coronamiento a estribor, oculto por la caseta de cubierta que acotaba un pequeño espacio a popa. Una niña entró corriendo en aquel estrecho recinto, riendo y gritando, y se agarró a sus piernas, mientras saltaba con desbordante alegría.

—Me he escapado —dijo—. He escapado de mami.

Secándose las manos en los pantalones, Rowland alzó a la niña y dijo tiernamente:

—Bueno, pequeña, tienes que volver corriendo con ella. Estás en mala compañía.

Los ojos inocentes de la criatura le sonrieron, y entonces —una estúpida costumbre que solo tienen los solteros— la sostuvo sobre la barandilla en un gesto de jovial amenaza:

—¿Quieres que te eche a los peces, renacuaja? —preguntó, mientras sus facciones se ablandaban en una inusual sonrisa. La niña dio un pequeño grito de miedo, y en ese momento apareció una joven que había rodeado la caseta. Saltó sobre Rowland como una tigresa, le arrebató a la niña, lo miró un instante con ojos desencajados y desapareció, dejándolo débil, maltrecho y sofocado.

«Es hija suya», gimió. «Esa era la mirada de una madre. Se ha casado... se ha casado» —volvió a su trabajo, con el rostro casi tan blanco como la pintura que estaba fregando, hasta que su piel bronceada de marinero recuperó su color.

Diez minutos después, el capitán, en su oficina, escuchaba la queja de un hombre y una mujer muy alterados.

—¿Y dice, coronel —dijo el capitán—, que este Rowland es un viejo enemigo?

—Es, o fue, un admirador no correspondido de la Sra. Selfridge. Eso es todo cuanto sé de él, salvo que amenazó con vengarse. Mi mujer está segura de lo que vio, y opino que deberían encerrar a ese individuo.

—¡Por Dios, capitán —dijo ella vehementemente mientras abrazaba a su hija—, tendría que haberle visto! Estaba a punto de soltar a Myra cuando la agarré, y tenía una mirada tan horrenda y lasciva... ¡Oh, fue espantoso! No volveré a pegar ojo en este barco, lo sé.

—Señora, le ruego que no se deje llevar por la angustia —dijo el capitán, gravemente—. Estoy al tanto de los antecedentes de este individuo; es un oficial

denigrado y acabado, pero, puesto que ha hecho tres viajes con nosotros, confié en su buena disposición para trabajar en el mástil por su ansia de licor, que solo puede satisfacer con dinero. No obstante, quizá la haya seguido, tal como usted sospecha. ¿Ha podido enterarse de sus movimientos y de que usted iba a comprar un pasaje en este barco?

—¿Por qué no? —exclamó el marido—. Puede que conozca a algunos de los amigos de la Sra. Selfridge.

—Sí, sí —dijo ella, con ansiedad—. Me han hablado varias veces de él.

—Entonces está claro —dijo el capitán—. Señora, si accede a testificar contra él en un tribunal inglés, lo arrestaré inmediatamente por intento de asesinato.

—¡Oh, hágalo, capitán! —exclamó ella—. No me sentiré segura mientras él esté en libertad. Por supuesto que testificaré.

—Haga lo que haga, capitán —dijo ferozmente el marido—, tenga por cierto que le meteré una bala en la cabeza si se vuelve a meter conmigo o con los míos. Entonces podrá arrestarme a mí.

—Haré que se ocupen de él, coronel —replicó el capitán, inclinando la cabeza en señal de despedida.

Pero la acusación de asesinato no siempre es la mejor manera de desacreditar a un hombre y, puesto que el capitán no creía que el hombre que le había desafiado fuera capaz de asesinar a una niña, y que la acusación sería en todo caso difícil de probar y le acarrearía muchos problemas y molestias, no dio orden de arrestar a John Rowland, sino que se limitó a disponer que de momento se le hiciera trabajar durante el día en el entrepuente, fuera de la vista de los pasajeros.

Rowland, sorprendido por el repentino traslado de la desagradable labor de limpieza a la soldadesca tarea de pintar boyas de salvamento en el cálido entrepuente, era lo bastante avisado para advertir que el contraestre lo vigilaba estrechamente esa mañana, pero no lo suficiente para fingir ningún síntoma de embriaguez o intoxicación que podría haber complacido a sus inquietos superiores y haberle reportado más whisky. A consecuencia de su mirada más despejada y de su voz más firme —producto del aire sanador del mar—, cuando volvió a cubierta para hacer la primera guardia, el capitán y el contraestre mantuvieron una conversación en la sala de derrota, en la que aquel dijo:

—No se alarme, no es veneno. Él ahora está a medio camino del horror, y esto simplemente lo traerá hacia él. Verá serpientes, espectros, trasgos, naufragios, incendios y toda suerte de cosas. Hace efecto en dos o tres horas. Póngaselo en el jarro cuando no haya nadie en el castillo de babor.

A la hora de la comida se produjo una pelea en el castillo de babor que no merece mayor atención, excepto por el hecho de que Rowland, que no participó en ella, vio cómo su jarro de té salía despedido por los aires antes de que hubiera podido darle

tres sorbos. Así que se sirvió otra vez y terminó de comer; luego, sin tomar parte en la abierta discusión que mantenían sus compañeros sobre la pelea ni en la discusión encubierta sobre el choque, se arrebujo en su catre y fumó hasta que oyó ocho campanadas, momento en que volvió con el resto.

CAPÍTULO VI

—¡Rowland! —dijo el robusto contraмаestre, mientras los marineros de guardia se reunían en cubierta—, encárguese de vigilar el puente de estribor.

—Ese no es mi sitio, contraмаestre —dijo Rowland, sorprendido.

—Órdenes del puente. Suba allá.

Rowland gruñó, como deben hacerlo los marineros cuando son agraviados, y obedeció. El hombre al que relevó dio su nombre y desapareció; el primer oficial se paseó por el puente, le dijo que estuviera atento a la guardia y regresó a su puesto; el silencio y la soledad de una guardia nocturna en el mar, acrecentados por el ruido constante de las máquinas y mitigados tan solo por los lejanos ecos de la música y las risas procedentes del salón, inundaron la proa del barco. El fresco viento del oeste que venía hacia el Titán hacía que la cubierta estuviera prácticamente en calma, y la espesa niebla, aunque iluminada por un cielo brillante y moteado de estrellas, era tan fría que hasta el más locuaz de los pasajeros había huido en busca de luz y vida en el interior.

Cuando sonaron tres campanadas —las nueve y media— y Rowland había respondido con el consiguiente «Sin novedad», el primer oficial dejó su puesto y se acercó a él.

—Rowland —dijo mientras se aproximaba—, he oído que usted ha sido oficial de barco.

—No sé cómo se ha enterado, señor —respondió Rowland—. No suelo contarlo.

—Se lo dijo al capitán. Supongo que el currículo de Annapolis es tan completo como el de la escuela naval inglesa. ¿Qué opina de las teorías de Maury sobre las corrientes?

—Parecen convincentes —dijo Rowland, omitiendo sin darse cuenta el «señor»—, pero creo que en casi todos los casos han demostrado estar equivocadas.

—Yo también lo creo. ¿Ha investigado otras ideas del autor, como la de localizar la posición del hielo en la niebla por la tasa de descenso de la temperatura a medida que nos acercamos a él?

—Sí, pero sin llegar a ningún resultado concluyente, aunque parece que se trata de una mera cuestión de cálculo y de tiempo para calcular. El frío es calor negativo y puede considerarse energía radiante, que disminuye en proporción al cuadrado de la distancia.

El oficial se quedó pensativo por un instante, mirando al frente y tarareando una tonada para sí, y a continuación dijo:

—Cierto.

Y volvió a su puesto.

«Debe de tener un estómago de hierro», murmuró, asomándose a la bitácora.

«O eso, o el contramaestre puso la droga en el jarro equivocado».

Rowland observó con una sonrisa cínica al oficial mientras se alejaba. «Me pregunto», se dijo, «por qué baja hasta aquí para hablar de navegación con un simple marinero. ¿Qué hago aquí, en un turno que no me corresponde? ¿Tiene algo que ver con esa botella?».

Volvió a pasearse impaciente por el extremo del puente, sumido en los sombríos pensamientos que había interrumpido el oficial. «¿Cuánto le habrá durado la ambición y el amor por su profesión después de haber encontrado, ganado y perdido a la única mujer que le importaba en el mundo?», pensó. «¿Por qué el empeño por seguir enamorado de una entre los millones de mujeres que viven y aman puede ser más importante que todas las bendiciones de la vida y hacer que un hombre desespere y se consuma? ¿Con quién se habrá casado? Probablemente con uno que conoció tiempo después de rechazarme y que le mostró alguna de las cualidades de mente y de carácter que le gustaban; alguien que no necesitaba amarla —así tendría más posibilidades— y que ha entrado tranquila e impunemente en mi cielo. Y luego nos dicen que “Dios lo hace todo bien” y que hay un cielo donde se proveen todas las necesidades insatisfechas, siempre que tengamos fe suficiente en ello. Eso significa —si es que significa algo— que después de una vida de lealtad ignorada durante la que no he ganado más que su temor y desprecio, puedo ser recompensado con el amor y la amistad de su alma. ¿Amo su alma? ¿Tiene su alma la belleza, la figura y el porte de una Venus? ¿Tiene su alma unos ojos profundos y azules y una voz dulce y armoniosa? ¿Tiene ingenio, gracia, encanto? ¿Compadece a los que sufren? Esas son las cosas que amo, no su alma, si es que tiene. No la quiero. La quiero a ella, la necesito».

Se detuvo y se apoyó contra la barandilla del puente, con la mirada fija en la niebla que se extendía ante él. Ahora pensaba en voz alta, y el primer oficial se asomó, escuchó un momento y volvió a su puesto.

—Le está haciendo efecto —susurró al tercer oficial, y a continuación pulsó el botón que comunicaba con el capitán, hizo sonar la sirena de vapor para avisar al contramaestre y reanudó su vigilancia sobre el marinero drogado, mientras el tercer oficial gobernaba el barco.

La sirena de vapor es un sonido tan frecuente en un barco que suele pasar inadvertido. Pero esa llamada afectó a otra persona, aparte del contramaestre. Una figurita en camisón se levantó de la litera de su lujoso camarote y, con mirada alerta y penetrante, logró llegar a cubierta sin ser vista por ningún vigía. Sus piecitos blancos y desnudos no sintieron frío al corretear sobre las tablas de la cubierta, y la pequeña figura ya había alcanzado la entrada del entrepuente cuando el capitán y el

contra maestre llegaron al puente.

«Y hablan del maravilloso amor y el cuidado de un Dios misericordioso que lo controla todo —prosiguió Rowland, mientras los tres vigilantes lo observaban y escuchaban—, que me ha dado mis defectos y la capacidad de amar, y que puso a Myra Gaunt en mi camino. ¿Dónde está la misericordia ahí para mí? Como parte de un principio evolutivo general que sacrifica al individuo por la raza, quizá sea consecuente con la idea de un Dios, una causa primera. Pero el individuo que muere porque no es apto para sobrevivir, ¿debe amar o dar gracias a Dios? ¡Claro que no! ¡En el supuesto de que exista, yo reniego de Él! Y ante la absoluta falta de pruebas, afirmo la validez del principio de causa y efecto, que basta para explicar el Universo y a mí. ¡Ja, ja! ¡Un Dios misericordioso, bueno, justo y bondadoso...!». Rowland estalló en una carcajada incontrolable, solo interrumpida por las palmadas que se daba en el vientre y la cabeza. «¿Qué me pasa?», dijo, jadeando. «Siento como si hubiera tragado carbones ardiendo... Mi cabeza... Mis ojos... No puedo ver...». El dolor se fue un instante y volvió la risa: «¿Qué le ocurre al ancla de estribor? Se mueve... Está cambiando... Es... ¿Qué? ¿Qué diablos es eso?... Y al fondo... El molinete... Las anclas de respeto... Los pescantes... están vivos... se mueven...».

Esa visión habría resultado terrible para una mente sana, pero a nuestro hombre solo le produjo un júbilo creciente e incontrolable. Las dos barandillas que llevaban a popa se alzaron ante él formando un triángulo sombrío, dentro del cual se hallaban las instalaciones de cubierta que había mencionado. El molinete se había convertido en algo negro, imponente y terrorífico. Los dos barriles del fondo se tornaron los ojos ciegos y saltones de un monstruo indescriptible, y las cadenas se multiplicaron para formar sus incontables piernas y tentáculos. Y ahora esa criatura se arrastraba dentro del triángulo. Las serviolas eran serpientes de varias cabezas que danzaban sobre sus colas, y las mismas anclas se contorsionaban y retorcían en forma de peludas orugas, mientras en las torres linterna aparecieron rostros que le sonreían y miraban maliciosamente. Apoyando las manos en la barandilla del puente y con un reguero de lágrimas inundándole el rostro, Rowland reía ante esa extraña visión, pero no dijo nada: y los tres espías, que se habían acercado sigilosamente, retrocedieron hasta ver qué ocurría, mientras abajo, en la cubierta de paseo, la pequeña figura blanca, como atraída por su risa, se dirigió a la escalera que llevaba a la cubierta superior.

La fantasmagoría se desvaneció en un muro de niebla gris, y Rowland encontró la lucidez suficiente para murmurar: «Me han drogado», pero en apenas un instante se vio en la oscuridad de un jardín que le resultaba conocido. A lo lejos se divisaban las luces de una casa, y junto a él había una niña que se alejó y huyó, aunque él la llamaba.

En un supremo esfuerzo de voluntad logró volver al presente y al puente donde cumplía con su deber. «¿Por qué ha de perseguirme durante años?», gimió. «Desde

entonces no he dejado de beber. Ella podría haberme salvado, pero eligió destruirme». Intentó pasear arriba y abajo, pero se tambaleó y tuvo que agarrarse a la barandilla. Mientras, los tres espías volvieron a acercarse y la pequeña figura blanca subió los escalones del puente superior.

«La supervivencia de los más aptos, causa y efecto. Eso explica el Universo... y a mí», divagó, mirando a la niebla. Levantó la mano y habló en voz alta, como dirigiéndose a algún amigo oculto en las profundidades. «¿Cuál será el último efecto? ¿Dónde, en ese esquema de equilibrio supremo, se reunirá, medirá y acreditará la abundancia de mi amor malgastado? ¿Qué lo compensará, y dónde estaré yo? ¡Myra... Myra...!», exclamó. «¿Te das cuenta de lo que has perdido? ¿Te das cuenta, en tu bondad, pureza y verdad, de lo que has hecho? ¿Te das cuenta...?».

El suelo desapareció bajo sus pies, y le pareció estar suspendido en un universo silencioso y gris. En ese vasto e ilimitado vacío no había sonido ni vida ni movimiento, y su corazón no sentía miedo ni asombro ni emoción de ningún tipo, excepto una: el ansia indescriptible de un amor desgraciado. Sin embargo, no parecía ser John Rowland, sino otro, u otra cosa; ahora se veía muy lejos, a millones de billones de kilómetros de allí, como si se hallara en los confines más remotos de aquel vacío, y oyó su propia voz, llamando a esa mujer. Débil pero nítida, con la concentrada desesperación de su vida, vino su llamada: «¡Myra... Myra...!».

Se oyó una respuesta, y buscando esa segunda voz divisó a su amada. Allí estaba, en el otro extremo del inmenso espacio, y sus ojos conservaban la ternura y su voz repetía la súplica que él solo había conocido en sueños. «Vuelve», le rogaba, «vuelve a mí».

Pero parecía que los dos no podían entenderse, y él volvió a oír el grito desesperado: «Myra, Myra, ¿dónde estás?», y a continuación la misma respuesta: «Vuelve a mí. Vuelve».

Entonces apareció en la lejanía una débil y minúscula llama que empezó a crecer. Se iba acercando, y él la observaba con desapego. Cuando volvió a buscar a los dos, vio que habían desaparecido, y en su lugar había dos nubes espesas que se convirtieron en una miríada de luz y color, girando y expandiéndose hasta llenar el espacio. Y a través de ella venía directa hacia él la primera llama, cada vez más grande.

Oyó una ráfaga, y al intentar descubrir de dónde procedía vio en la otra dirección un objeto sin forma definida, al que la llama, cada vez más brillante, hacía parecer más oscuro que el inmenso vacío gris, y que se acercaba, cada vez más grande. Y le pareció que esa luz y esa oscuridad eran el bien y el mal de su vida. Trató de descubrir cuál de ellas le alcanzaría primero, pero no sintió pena ni sorpresa cuando vio que la oscuridad estaba más cerca. Se fue aproximando cada vez más, hasta rozarlo por un lado.

—¿Qué tenemos aquí, Rowland? —dijo una voz.

Inmediatamente, el torbellino de imágenes se desvaneció. El universo gris se transformó en niebla, la llama de luz en la luna que se alzaba sobre ella y la informe oscuridad en la silueta del primer oficial. La pequeña figura blanca, que acababa de pasar como una centella entre los tres espías, estaba delante de él. Como avisada del peligro por un instinto subconsciente, había acudido en sueños, en busca de seguridad y protección, al antiguo amante de su madre, el fuerte y débil, el degradado e infamado aunque noble, el perseguido, drogado y casi completamente indefenso John Rowland.

Con la prontitud con que alguien adormilado respondería la pregunta que lo despierta, y aunque tartamudeaba por el efecto ahora menguante de la droga, dijo:

—Es la hija de Myra, señor. Está dormida.

Y cogiendo en brazos a la pequeña, que gritó al despertarse, cubrió su aterido cuerpecito con su chaqueta de marinero.

—¿Quién es Myra? —preguntó el oficial en un tono amenazante que delataba disgusto y decepción—. Usted también estaba dormido.

Antes de que Rowland pudiera responder, un grito procedente de la cofa de vigía hendió el aire.

—¡Hielo! —gritó el vigía—. ¡Hielo a la vista! ¡Un iceberg, debajo de proa!

El primer oficial corrió a la vía y el capitán, que había permanecido allí, se abalanzó sobre el telégrafo de la sala de máquinas y esta vez accionó la palanca. Pero cinco segundos más tarde la proa del Titán empezó a elevarse, y enfrente, a ambos lados, se pudo ver entre la niebla una superficie helada de treinta metros de altura que se interponía en su rumbo. Cesó la música en el teatro y, en medio del maremágnum de voces y gritos y del ensordecedor ruido del metal arañando y chocando contra el hielo, Rowland escuchó la voz angustiada de una mujer que llamaba desde la escalera del puente:

—¡Myra, Myra! ¿Dónde estás? ¡Vuelve!

CAPÍTULO VII

Setenta y cinco toneladas de peso muerto atravesando la niebla a una media de quince metros por segundo chocaron con el iceberg. Si el impacto se hubiera producido sobre una pared perpendicular, la elasticidad y resistencia de las placas y de las cuadernas curvas hubieran soportado el choque sin más daño para los pasajeros que una fuerte sacudida y, para el barco, que el aplastamiento de sus amuras y la muerte de uno de los vigías en la parte inferior. El buque habría retrocedido y, con el mascarón ligeramente hundido, habría terminado el viaje reduciendo la velocidad para ser reparado con dinero del seguro y obtener a la postre grandes beneficios de la consiguiente publicidad sobre su indestructibilidad. Pero una especie de playa en la parte inferior del iceberg, formada posiblemente por un vuelco reciente de este, recibió el impacto del Titán. El barco, con su quilla cortando el hielo como la cuchilla de un trineo y apoyando todo el peso en la sentina, se fue elevando cada vez más sobre la superficie del mar hasta que las hélices de popa quedaron semiexpuestas. Entonces un montículo del iceberg lo golpeó bajo la armura de babor, y el barco, escorándose, perdió el equilibrio y volcó a estribor.

Los pernos que sujetaban las doce calderas y las tres máquinas de triple expansión no estaban diseñados para soportar esa carga en perpendicular y se partieron. A través de un revoltijo de escalerillas, tuercas y mamparos que se extendía de proa a popa, surgieron unas gigantescas masas de hierro y acero que perforaron los costados del barco, incluso allí donde estaba reforzado por sólido y resistente hielo, y llenaron las salas de máquinas y calderas de vapor hirviendo, lo que causó una muerte fulminante y dolorosa a los cien hombres que se encontraban en la sala de máquinas.

En medio del estruendo formado por el vapor al escaparse, del zumbido de las casi tres mil voces humanas que llegaba en forma de gritos y llamadas angustiadas desde el interior, y del aullido del viento a través de cientos de escotillas al ser expulsado por el agua que entraba por los agujeros del costado de estribor, el Titán retrocedió lentamente y se lanzó al mar, donde flotó inclinado sobre un costado, cual monstruo gimiente y moribundo.

Una montaña piramidal de sólido hielo quedó a estribor conforme el buque se elevaba y, sobresaliendo a lo largo de la cubierta superior —o cubierta de botes—, había enganchado uno tras otro todos los pares de pescantes a estribor, doblándolos y arrancándolos, destrozando los botes y desgarrando trincas y aparejos hasta que, mientras el barco se vaciaba, cubrió los restos del naufragio, esparciendo en el hielo de delante y alrededor los últimos y rotos puntales del puente. En esa estructura destrozada con forma de caja, aturdido por la lluvia indiscriminada de objetos en un

radio de veinte metros, estaba agachado Rowland, sangrando de un corte en la cabeza y apretando contra su pecho a la pequeña, demasiado asustada para llorar.

Mediante un esfuerzo de voluntad, se levantó y miró a su alrededor. Por lo que pudo distinguir (pues la droga había distorsionado y desenfocado su vista), el barco ya no era más que una mancha en la blanca niebla. Aun así creyó ver hombres trepando y trabajando en los pescantes, y el bote más cercano —el n.º. 24— parecía balancearse junto a los aparejos. Entonces la niebla engulló el barco, aunque aún podía determinarse su posición por el ruido del vapor que salía de sus pulmones de hierro. Eso cesó al cabo de un rato, dejando tras de sí los pavorosos aullidos del viento y, cuando estos también se acallaron súbitamente y el silencio subsiguiente fue roto por explosiones sordas y retumbantes —como de compartimentos que reventaran—, Rowland comprendió que el desastre era absoluto, que el invencible Titán, con casi todos sus pasajeros y tripulantes, incapaz de remontar placas y paredes verticales, estaba bajo la superficie del mar.

Sus embotados sentidos habían percibido y registrado mecánicamente las impresiones de los últimos instantes, y no alcanzaba a comprender el horror de todo aquello. Sin embargo, su mente era muy consciente del peligro que podía correr la mujer cuya voz suplicante había oído y reconocido, la mujer de su sueño y madre de la niña que llevaba entre sus brazos. Examinó rápidamente los restos del accidente. No había quedado ni un solo bote intacto. Arrastrándose hasta el borde del agua, gritó pidiendo socorro con todas sus fuerzas a los botes que quizá estuvieran ocultos por la niebla, llamándolos para que vinieran a salvar a la pequeña y buscaran a la mujer que había estado en la cubierta, bajo el puente. Gritó el nombre de la mujer —el que él conocía—, animándola a nadar y a patalear en el agua para flotar entre los restos del naufragio, y a responderle hasta que él la encontrara. Pero no obtuvo respuesta, y cuando su voz se había vuelto ronca de tanto gritar en vano y sus pies se habían entumecido por el hielo derretido, volvió al lugar del accidente, abrumado y vencido por la terrible desolación que había irrumpido hasta tal punto en su vida. La pequeña se echó a llorar y él trató de consolarla.

—Quiero ir con mamá —gimió.

—Calla, cielo, calla —respondió él, cansado y compungido—; yo también, más que nada en este mundo, pero creo que incluso ahora tenemos posibilidades. ¿Tienes frío, pequeña? Vamos dentro, que haré una refugio para nosotros.

Se quitó el abrigo, envolvió con él a la pequeña y, diciéndole que no tuviera miedo, la acomodó en la esquina del puente que reposaba sobre el lado de proa. Al hacerlo se le cayó del bolsillo la botella de whisky. Parecía haber pasado un siglo desde que la encontrara allí, y necesitó un gran esfuerzo mental para recordar su verdadero significado. La levantó para arrojarla a la pendiente helada, pero se detuvo.

«La guardaré», murmuró. «Quizá no sea perjudicial en pequeñas cantidades, y lo

necesitaremos en el hielo». Dejó la botella en una esquina, retiró la cubierta de lona de uno de los botes destrozados y la tendió en el lado expuesto a la intemperie, al final del puente. Luego se arrastró hacia el interior, se puso el abrigo —un capote mariner pensado para alguien más corpulento— y, abrochándolo sobre él y sobre la niña, se recostó en la dura madera. La niña seguía llorando, pero pronto se calmó y se durmió al sentir su calor.

Acurrucado en un rincón, Rowland se abandonó al tormento de sus pensamientos. Dos imágenes se alternaban para torturar su mente; una —a la que su memoria se aferraba como si de un oráculo se tratara—, la de la mujer de su sueño, rogándole que volviera; la otra, la de esa misma mujer, fría y yerta, a varias brazadas de profundidad. Sopesó sus posibilidades. Ella estaba en la escalera del puente, o cerca, y el bote n.º 24, que, casi podía jurarlo, estaba siendo arriado mientras él miraba, habría pasado balanceándose cerca de ella. Ella pudo subirse a él y ser rescatada, a menos que los que habían llegado nadando desde las puertas y escotillas lo hubiesen hundido. En medio de aquellos pensamientos angustiosos, Rowland maldijo a esos náufragos y prefirió imaginarla como la única pasajera del bote, con un guardia de cubierta que la llevaría a lugar seguro.

La potente droga que había tomado todavía le hacía efecto, y eso, junto con el murmullo del mar al romper sobre la playa helada y el eco de los crujidos y chasquidos restallando a su alrededor —la voz del iceberg—, fue vencéndolo hasta que al final se durmió. Despertó al amanecer, con los miembros entumecidos y casi congelados.

Y durante toda la noche, mientras dormía, un bote con el n.º 24 dibujado en la proa, impulsado por robustos marineros y gobernado por oficiales engalanados, se dirigía a la ruta sur, la principal vía del tráfico marítimo en primavera. Y acurrucada en las tillas de popa de aquel bote estaba una mujer suplicante y desconsolada, que lloraba y gritaba a cada tanto por su marido y su hija, incapaz de consolarse, ni siquiera cuando uno de los oficiales le aseguró que la niña estaba a salvo al cuidado de John Rowland, un honrado y valiente mariner que sin duda estaba en otro bote con ella. Naturalmente no le dijo que Rowland les había hecho señales desde el iceberg mientras ella permanecía inconsciente y que, si aún tenía a la pequeña, estaba allí, junto a él... abandonada.

CAPÍTULO VIII

Rowland, con algunos reparos, bebió una pequeña cantidad de licor y, tras envolver en el abrigo a la pequeña —que seguía dormida—, salió a la superficie helada. La niebla se había despejado y un mar azul y sin ningún barco a la vista se extendía hasta el horizonte. A sus espaldas, hielo, una enorme montaña helada. Subió el repecho y contempló el panorama desierto desde un precipicio de treinta metros. A su izquierda el hielo ascendía hasta una playa más escarpada que la que había dejado atrás, y a su derecha una acumulación de montículos y picos más altos, intercalados con numerosos cañones, grutas y brillantes cataratas, ocultaba el horizonte. Ni una sola vela por ningún lado, ni el humo de un barco para animarle. Cuando volvía sobre sus pasos, a mitad de camino hacia el barco, vio algo blanco moverse y acercarse desde los picos helados.

Sus ojos todavía no podían ver con claridad y, tras un examen lleno de incertidumbre, echó a correr al comprobar que la misteriosa figura blanca estaba más cerca del puente que él y que se aproximaba con rapidez. Cuando estuvo a unos cien metros, el corazón le dio un vuelco y la sangre se le quedó tan helada como el suelo que pisaba, porque la figura blanca resultó ser un viajero procedente del Polo Norte, flaco y hambriento; un oso polar que había olfateado alimento y venía en su busca, corriendo pesadamente, abriendo sus enormes fauces y enseñando unos colmillos amarillentos. Rowland no tenía más que un recio cuchillo, que sacó del bolsillo y abrió mientras corría. Ni por un instante dudó ante un combate que presagiaba una muerte casi segura, pues la presencia de aquel oso ponía en peligro a una niña cuya vida se había vuelto más importante que la suya propia. Horrorizado, la vio salir del refugio, cubierta con la lona blanca, justo cuando el oso doblaba la esquina del puente.

—¡Atrás, pequeña, atrás! —gritó, bajando a grandes saltos la pendiente.

Pero el oso alcanzó a la niña antes que él y, sin esfuerzo aparente, la lanzó con un golpe de su enorme zarpa a dos metros de distancia, donde la niña quedó inerte. Al girarse para rematarla, el animal se encontró con Rowland.

El oso se alzó sobre sus patas traseras, tomó impulso y cargó contra él. Rowland sintió cómo los huesos de su brazo izquierdo se fracturaban por el mordisco de aquellos grandes y amarillentos colmillos; pero al caer clavó el cuchillo en la tupida piel del animal, que, gruñendo de ira, soltó el maltrecho miembro y le asestó un violento zarpazo que lo arrojó más lejos de donde había caído la pequeña. Se levantó, con las costillas rotas, y —sin sentir apenas dolor— esperó la segunda embestida. De nuevo su brazo roto e inservible quedó atrapado entre las fauces del animal, y de

nuevo se vio obligado a retroceder, pero esta vez usó el cuchillo de forma metódica. Tenía el enorme hocico del animal aplastado contra su pecho; podía oler su caliente y fétido aliento y sentir esos ojos rabiosos brillando sobre sus hombros. Rowland acertó a clavar el cuchillo en el ojo izquierdo de la bestia. La hoja de quince centímetros se hundió hasta el mango, perforando el cerebro del animal, y este, con una convulsión que levantó a Rowland por su brazo herido, se irguió y, extendiendo las garras hasta alcanzar su máxima envergadura, se desplomó y, tras varios espasmos, quedó inerte. Rowland había logrado lo que ningún cazador esquimal habría intentado siquiera: enfrentarse y matar al Tigre del Norte con un cuchillo.

Todo había ocurrido en un minuto, pero en esos segundos quedó lisiado de por vida; pues en la tranquilidad de un hospital ni el mejor cirujano podría hacer nada por recolocar las astillas de su hueso fracturado o recomponer sus costillas rotas. Además, estaba en un islote de hielo, a una temperatura que rondaba el punto de congelación y sin las toscas herramientas de un salvaje.

Avanzó con dificultad hacia el pequeño bulto rojo y blanco y lo alzó con su brazo sano, aunque al agacharse sintió un dolor lacerante. La niña sangraba por cuatro crueles y profundos arañazos que bajaban en diagonal desde el hombro derecho a la espalda, pero al examinarla vio que sus blandos y frágiles huesos estaban intactos y que se hallaba inconsciente por el áspero contacto de su frente con el hielo, pues le había salido un enorme chichón.

Por pura necesidad, Rowland debía ocuparse primero de sí mismo, así que envolvió a la pequeña en su abrigo, la instaló en el refugio y cortó un trozo de lona para hacerse un cabestrillo. Luego, con el cuchillo, los dedos y los dientes desolló parte del oso —teniendo que hacer frecuentes pausas para no desmayarse a causa del dolor— y cortó de la caliente aunque no muy espesa capa de grasa un buen trozo que, después de lavarse las heridas en un estanque cercano, ató firmemente a la espalda de la pequeña utilizando como venda los jirones del camisón.

Cortó el forro de franela de su capote y con el de las mangas hizo una especie de vestiduras para abrigar sus piernecitas, doblando el largo sobrante sobre los tobillos y atándolas en el sitio apropiado con hilachas de una culebra^[1]. Con el forro animal cubrió la cintura de la pequeña, incluidos los brazos, y envolvió todo aquello con sucesivas capas de lona, como si se tratara de una momia, sellando el bulto con hilachas, igual que un marinero asegura las partes dobles de un cabo; proceso que, una vez terminado, hubiera indignado a cualquier madre. Pero él solo era un hombre, y un hombre que estaba sufriendo física y mentalmente.

Cuando terminó, la niña ya había vuelto en sí y se quejaba del dolor con un débil y lastimero llanto, pero él no se atrevió a parar por miedo a entumecerse a causa del frío y el dolor. Había abundante agua fresca repartida en estanques formados por el hielo al derretirse. El oso les proveería de alimento, pero necesitaban fuego para

asarlo, calentarse, impedir la peligrosa inflamación de sus heridas y hacer señales de humo que pudieran ser vistas por los barcos que pasaran por allí.

Bebió temerariamente de la botella, pues necesitaba el estimulante y pensó, quizá con razón, que ninguna droga común podía afectarle en su estado actual. Luego examinó los restos del desastre (en su mayor parte reducidos a leña menuda para encender fuego). Entre aquellos despojos sobresalía un bote salvavidas de acero, sellado por compartimentos estancos —ahora inclinados más de noventa grados— y apoyado sobre un costado. Si se cubría con lona una de sus mitades y se encendía una pequeña hoguera en el otro, podía ofrecer un refugio mejor y más cálido que el puente, pues el acero era un buen transmisor de calor. Un marinero sin cerillas es una rareza; Rowland, pues, cortó leña, encendió el fuego, colgó la lona y trajo a la niña, que pedía lastimeramente un poco de agua.

Encontró un jarro —probablemente olvidado en algún bote agujereado antes de ser arriado finalmente a los pescantes— y dio de beber a la niña, no sin antes añadir unas gotas de whisky. Entonces empezó a pensar en el desayuno. Cortó una tajada de los cuartos traseros del oso, la asó ensartándola en una varilla y le supo rica y sustanciosa; pero cuando intentó dar de comer a la niña, comprendió que necesitaba dejarle los brazos libres, y así lo hizo, sacrificando su manga derecha para cubrirlos. Eso y la comida hicieron que la pequeña dejara de llorar por un rato, y Rowland se recostó junto a ella en el cálido bote. El whisky se acabó antes de terminar el día, y él cayó en un delirio febril, mientras que la niña se encontraba un poco mejor.

CAPÍTULO IX

Con intervalos de lucidez, durante los cuales avivó o encendió nuevamente el fuego, asó la carne del oso y alimentó y vendó a la niña, el delirio de Rowland duró tres días. Sufrió terriblemente. Su brazo, el centro de un dolor lacerante, se había hinchado hasta doblar su tamaño habitual y su costado malherido le impedía respirar con normalidad. No había prestado atención a sus heridas y fue su fuerte constitución, que los años de disipación no habían logrado echar a perder, o bien alguna propiedad antifebril de la carne de oso o la falta de aquel whisky excitante lo que le hizo ganar la batalla. La noche del tercer día encendió nuevamente el fuego con la última cerilla que le quedaba y miró al sol de poniente, sano aunque débil de cuerpo y de mente.

Si entretanto hubiera aparecido una vela a lo lejos él no la habría visto, ni tampoco se divisaba ahora. Sin fuerzas para subir la cuesta, regresó al bote en el que dormía la pequeña, agotada de tanto llorar en vano. Su torpe aunque heroica manera de envolverla para librarla del frío sin duda contribuyó en gran medida a que cicatrizaran sus heridas, obligándola a permanecer quieta, aunque añadiera un sufrimiento más a los que ya padecía la pequeña. Rowland contempló un instante su carita pálida y manchada de lágrimas, con el flequillo rizado asomando por las capas de lona y, agachándose dolorido, besó dulcemente a la niña; pero eso hizo que se despertara y empezara a llorar por su madre. Él no podía consolarla, ni se sentía con fuerzas para intentarlo; con una informe y muda maldición contra el destino brotándole del pecho, fue a sentarse en el barco naufragado, a unos metros de allí.

«Probablemente nos recuperaremos, a menos que deje que el fuego se apague», caviló, poco esperanzado. «¿Y después? No podemos durar más que el iceberg, y no mucho más que la carne del oso. Debemos de estar lejos de las rutas. Estábamos a unas 900 millas cuando chocamos, y la corriente sigue el banco de niebla por aquí, más o menos oeste-sur-oeste, pero eso es el agua de superficie. Esos bribones tienen sus propias corrientes. No hay bruma; debemos de estar al sur del banco de niebla, en medio de las rutas. Supongo que esos malditos avariciosos llevarán sus barcos por la otra ruta después de esto. ¡Malditos sean si la han ahogado! ¡Malditos sean, con sus compartimentos estancos y su registro de vigías! Veinticuatro botes para tres mil personas —sujetos con amarres llenos de brea—, treinta hombres para lanzarlos y ni un hacha ni un buen cuchillo en la cubierta del puente. ¿Habrá podido salvarse? Si arriaron ese bote quizá la rescataron de la escalera, y el oficial sabía que yo tenía a la niña, y se lo habría dicho. También debe de llamarse Myra. Fue su voz la que oí en aquel sueño. Sin duda era hachís. ¿Por qué me drogaron?... Aunque el whisky no estuvo mal. Todo se ha terminado, a menos que llegue a tierra firme. Pero... ¿lo

conseguiré?».

La luna se elevó sobre la estructura almenada, inundando la playa helada con una pálida luz, brillando en mil puntos de las cascadas, arroyuelos y charcas ondulantes, sumiendo en la más profunda oscuridad los hoyos y barrancos, y evocándole, pese a la misteriosa belleza de la escena, una abrumadora sensación de soledad —de insignificancia—, como si la enorme mole de desolación inorgánica que lo sostenía fuera mucho más importante que él y que las esperanzas, planes y temores de toda su vida. La niña había llorado hasta caer de nuevo dormida, y Rowland empezó a andar de un lado a otro por el hielo.

«Ahí arriba», dijo, taciturno, mirando al cielo, donde unas pocas estrellas brillaban débilmente a la luz de la luna, «ahí arriba, en algún lugar, no se sabe dónde, está el cielo de los cristianos. Ahí arriba está su buen Dios, que ha puesto aquí a la hija de Myra; su buen Dios, que ellos han tomado prestado de la raza salvaje y sanguinaria que lo inventó. Y por debajo de nosotros, también en algún lugar, está su infierno y su Dios malvado, que ellos mismos inventaron. Y nos dan a elegir entre el cielo y el infierno. No es eso, no. Así no se resuelve el gran misterio ni se alivia el corazón de los hombres. Ningún Dios misericordioso creó este mundo ni sus condiciones. Sea cual sea la naturaleza de las causas que escapan a nuestra comprensión, hay un hecho indiscutible: la misericordia, bondad y justicia no cumplen ninguna función en el esquema que rige el mundo. Y sin embargo, dicen que la esencia de todas las religiones de la Tierra es la fe en esa idea. ¿Lo es? ¿O es el miedo cobarde que tienen los hombres a lo desconocido lo que empuja a la madre salvaje a arrojar su bebé a los cocodrilos; lo que lleva al hombre civilizado a construir iglesias; lo que ha mantenido desde el principio a toda una clase de adivinos, curanderos, sacerdotes y clérigos que viven de las esperanzas y miedos que ellos mismos se encargan de avivar?

»Y la gente reza —millones de personas— y afirma que sus plegarias son escuchadas. ¿Lo son? ¿Acaso alguna súplica dirigida al cielo por la humanidad afligida ha sido respondida o siquiera escuchada? ¿Quién sabe? Rezan para que llueva o haga sol, siendo ambos fenómenos naturales. Rezan para tener salud y éxito, cuando los dos están en el curso natural de las cosas. Eso no demuestra nada. Pero ellos dicen estar seguros, en virtud de cierta elevación espiritual, de ser escuchados, consolados y favorecidos al instante. ¿No es esto un experimento psicológico? ¿No se sentirían igualmente confortados si repitieran la tabla de multiplicar o cuartearan la aguja^[2]?

»Y millones de personas se lo han creído —que sus oraciones son escuchadas—, y esos millones han rezado a diferentes dioses. ¿Estaban todos equivocados o no? Un hombre que hiciera la prueba y se pusiera a rezar, ¿sería escuchado? Admitiendo que las Biblias, los Coranes y los Vedas son engañosos y poco fiables, ¿no puede haber

un Ser misterioso que sabe lo que siento y que me está viendo en este momento? Si es así, ese Ser me dotó de una razón que me hace dudar de Él, aunque suya es la responsabilidad. Y si tal Ser existiera, ¿pasaría por alto un defecto del que no se me puede culpar y escucharía mi plegaria, basada en la mera posibilidad de que pueda estar equivocado? ¿Puede un no-creyente, llevado por la fuerza de su razonamiento, verse en tales aprietos que ya no pueda resistir por sí mismo y tenga que pedir ayuda a un poder imaginado? ¿Puede eso ocurrirle a un hombre cuerdo... puede ocurrirme a mí?».

Contempló la oscura línea del horizonte desierto, a siete millas de allí; Nueva York estaba a novecientas millas; la luna que se veía al este, a unas doscientas mil; y las estrellas en lo alto, a billones de millas. Estaba solo, con una niña dormida, un oso muerto y lo Desconocido. Caminó sin hacer ruido hasta el bote y miró un instante a la pequeña; luego, levantando la cabeza, murmuró: «Por ti, Myra».

Arrodillándose, el ateo elevó la mirada al cielo y con su débil voz y un fervor nacido de la desesperación, rezó al Dios cuya existencia negaba. Rezó por la vida de la desamparada niña que tenía a su cargo, por su madre, tan necesaria para la pequeña, y por tener el valor y la fuerza para cumplir su misión y juntarlas de nuevo. Pero aparte de la ayuda para socorrer a otros, ninguna palabra o pensamiento de su oración lo incluían a él como beneficiario, aunque solo fuera por orgullo. Cuando se incorporó, a su derecha, tras la esquina helada de la playa, apareció el foque^[3] de un barco y un instante después pudo verse toda la nave a la luz de la luna, impulsada por el suave viento del oeste, a menos de media milla de distancia.

Olvidándose del dolor, corrió hacia el fuego y, echando leña, hizo una fogata. A continuación se puso a hacer señales en un arrebato frenético.

—¡Ah del barco! ¡Ah del barco! ¡Aquí! ¡Socorro!

Un voz profunda le respondió desde el otro lado.

—¡Despierta, Myra, despierta! —exclamó, cogiendo a la niña en brazos—. Nos vamos.

—¿Vamos con mamá? —preguntó la pequeña, sin rastro de lágrimas.

—Sí, vamos con mamá —y añadió para sí—: «Si esa parte de la oración ha sido escuchada».

Quince minutos después, mientras veía acercarse el bote salvavidas, murmuró: «El barco estaba allí, a media milla en esta dirección, antes de que se me ocurriera ponerme a rezar. ¿Acaso mi plegaria ha sido escuchada y ella está a salvo?».

CAPÍTULO X

En la primera planta de la Bolsa de Londres hay un gran apartamento sembrado de escritorios, alrededor y en medio de los cuales se agita una apurada y ruidosa multitud de agentes de bolsa, contables y mensajeros. Flanqueando este apartamento hay puertas y vestíbulos que conducen a las salas y oficinas adyacentes, y repartidos a lo largo de él hay tabloneros en los que se escriben diariamente por duplicado los desastres marítimos de todo el mundo. En uno de los extremos se alza una plataforma consagrada a la presencia de un importante oficial. En la jerga técnica de la City el apartamento se conoce como «La Sala» y el oficial es «El Llamador», cuyo cometido consiste en gritar con voz potente y cantarina los nombres de los miembros que son requeridos en la puerta, así como los detalles básicos de los informes antes de anotarlos en la pizarra.

Esta es la oficina central de Lloyd's, la inmensa sociedad de aseguradores, agentes de bolsa y navieros que empezó con los clientes del café de Edward Lloyd a finales del siglo XVII y que, adoptando ese nombre comercial, se ha desarrollado hasta convertirse en una corporación tan bien equipada, tan espléndidamente organizada y tan poderosa que los reyes y ministros a veces recurren a ella para obtener noticias del extranjero.

Ningún capitán ni oficial navega bajo bandera inglesa cuyo informe, incluyendo las riñas en el puente de proa, no sea expuesto en Lloyd's para que lo inspeccionen los eventuales empresarios. Ningún barco naufraga en ninguna costa desierta del mundo durante el turno de trabajo de los aseguradores cuyo accidente no sea anunciado por la potente y cantarina voz en un plazo máximo de treinta minutos.

Una de las salas contiguas se conoce como la «Sala de Derrota». En ella pueden encontrarse, perfectamente ordenadas en sus rollos correspondientes, las más recientes cartas de navegación de todos los países, junto con una biblioteca de literatura náutica que describe hasta el último detalle los puertos, faros, rocas, bajíos e instrucciones de navegación de todas las costas representadas en los mapas; el curso de las últimas tormentas; los cambios de corrientes oceánicas y las posiciones de los icebergs y los barcos naufragados. Un miembro de Lloyd's adquiere en poco tiempo casi tantos conocimientos teóricos sobre el mar como los hombres que lo surcan.

Otra sala —la «Sala del Capitán»— está pensada para el esparcimiento y descanso, y una tercera, antítesis de la anterior, es la «Oficina de Inteligencia», a la que acuden los angustiados y donde se les informa de las últimas noticias de tal o cual barco retrasado.

El día en que El Llamador anunció que el inmenso Titán había naufragado, un

pánico estruendoso se apoderó de la multitud de aseguradores y agentes de bolsa. Los periódicos europeos y americanos publicaron números extras con los pocos datos disponibles sobre la llegada a Nueva York de un bote de supervivientes, y la oficina se vio inundada por mujeres llorosas y hombres inquietos que preguntaban una y otra vez si se habían recibido más noticias. Y cuando llegó un telegrama que relataba la historia del naufragio y daba los nombres del capitán, el primer oficial, el contramaestre, siete marineros y una pasajera como los únicos supervivientes, un anciano y débil caballero, elevando su trémula voz sobre el llanto de las mujeres, dijo:

—Mi nuera está a salvo, pero ¿dónde están mi hijo y mi nieta?

Y se marchó apresuradamente, pero volvió al día siguiente, y al otro. Cuando al décimo día de angustiosa espera se enteró de que otro bote con marineros y niños había llegado a Gibraltar, sacudió lentamente la cabeza, murmurando «George, George», y abandonó la sala. Esa misma noche, tras telegrafiar al cónsul de Gibraltar para informarle de su llegada, cruzó el canal.

Durante la primera avalancha de preguntas, cuando los aseguradores se habían subido a las mesas, los unos encima de los otros, para volver a oír las noticias sobre el accidente del Titán, uno de ellos —el más ruidoso de todos, un individuo corpulento, de nariz ganchuda y ojos negros y centelleantes— se escapó de la multitud y se dirigió a la Sala del Capitán, donde, después de beber un trago de coñac, se hundió pesadamente en una silla, soltando un gruñido que le salió del alma.

—¡Padre Abraham —masculló—, esto serrá mi ruina!^[4]

Entraron más personas; unas para beber, otras para expresarle sus condolencias, y todas para hablar.

—Un duro golpe, ¿verdad Meyer? —preguntó uno.

—Diez mil —respondió él, taciturno.

—Le está bien empleado. Debería tomar más precauciones. Sabía que lo acabaría pagando —dijo otro cruelmente.

Los ojos del Sr. Meyer centellearon ante ese comentario, pero no dijo nada. Optó por emborracharse estúpidamente y uno de sus empleados tuvo que llevarlo a casa. Desde ese momento, descuidando sus negocios —a excepción de algún vistazo esporádico a los informes—, se dedicó a beber más de la cuenta en la Sala del Capitán y a lamentarse de su suerte. El décimo día leyó con lágrimas en los ojos lo siguiente, anotado en el boletín debajo de las noticias sobre la llegada a Gibraltar de un segundo bote con supervivientes:

Boya salvavidas del Royal Age, Londres, rescatada del naufragio en Lat. 45-20 N. Lon. 54-31. O. Barco Arctic, Boston, Cap. Brandt.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Meyer, corriendo a la Sala del Capitán.

—Pobre diablo. Pobre estúpido judío —dijo uno de los presentes a otro—. Ha asegurado todo el Royal Age, y la mayor parte del Titán. Harán falta los diamantes de su mujer para poder pagar.

Tres semanas después el Sr. Meyer fue despertado de su somnoliento letargo por una multitud de ruidosos aseguradores que entraron precipitadamente en la Sala del Capitán, lo agarraron de los hombros, lo sacaron a todo correr y le enseñaron un boletín.

—¡Léalo, Meyer, léalo! ¿Qué le parece?

No sin dificultad lo leyó en voz alta, mientras los demás observaban su rostro:

John Rowland, marinero del Titán, con niña pasajera, nombre desconocido, a bordo del Peerless, Bath, en Christiansand, Noruega. Ambos gravemente enfermos. Rowland habla de barco cortado por la mitad la noche anterior al accidente del Titán.

—¿Qué saca en limpio de esto, Meyer? ¿Es el Royal Age, verdad? —preguntó uno.

—¡Sí! —vociferó otro—. Me lo figuraba. El único barco del que no hay noticias recientes. Llevaba dos meses de retraso. Se le vio ese mismo día a cincuenta millas al este de ese iceberg.

—No hay duda —dijeron otros—. Pero no se mencionó aquello en el informe del capitán. Qué raro.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el Sr. Meyer, torpemente—. Hay una cláusula de colisión en la póliza del Titán. Yo simplemente pago el dinero a la naviera en vez de a ese barcucho del Royal Age.

—¿Pero por qué lo ocultó el capitán? —le espetaron—. ¿Con qué objetivo? ¿Protegerse de posibles demandas por el choque?

—Puede ser, quizá. Parece raro.

—Tonterías, Meyer. ¿Pero qué le pasa? ¿De cuál de las tribus perdidas ha salido usted? No se parece a los de su raza, emborrachándose estúpidamente como un buen cristiano. He invertido mil en el Titán y no pienso pagar. Quiero saber por qué. Usted es quien tiene más que perder y la inteligencia para luchar por ello. Debe hacerlo, así que váyase a casa, espabílese y ocúpese de esto. Vigilaremos a Rowland hasta entonces. Todos nos jugamos mucho.

Lo metieron en un coche de punto, lo llevaron a un baño turco y después a casa.

A la mañana siguiente Meyer estaba en su escritorio, con la mirada y la mente despejada, y durante varias semanas fue un ajetreado y calculador hombre de negocios.

CAPÍTULO XI

Cierta mañana, dos meses después de conocerse el accidente del Titán, el Sr. Meyer estaba sentado en su escritorio del departamento escribiendo frenéticamente, cuando el anciano que se había lamentado por la muerte de su hijo en la Oficina de Inteligencia entró con paso vacilante y se sentó junto a él.

—Buenos días, Sr. Selfridge —dijo, sin levantar apenas los ojos—. Supongo que ha venido por el pago del seguro. Ya han pasado los sesenta días.

—Sí, sí, Sr. Meyer —dijo el anciano, fatigado—. Por supuesto, como simple accionista no puedo tomar parte activa; pero soy un miembro aquí, y algo angustiado, naturalmente. Todo lo que tenía en este mundo —incluyendo a mi hijo y a mi nieta— estaba en el Titán.

—Es muy triste, Sr. Selfridge; le compadezco profundamente. Tengo entendido que es usted el mayor accionista del Titán, con cien mil acciones, aproximadamente, ¿no es así?

—Más o menos. —Yo soy el principal asegurador, así que, Sr. Selfridge, esta batalla va a librarse básicamente entre usted y yo.

—¿Batalla? ¿Es que va a haber algún problema? —preguntó el Sr. Selfridge, angustiado.

—Tal vez, no lo sé. Los aseguradores y las compañías extranjeras han dejado el asunto en mis manos y no pagarán hasta que yo tome la iniciativa. Tenemos que oír lo que dice Rowland, que fue rescatado con una niña pequeña del iceberg y llevado a Christiansand. Estaba demasiado débil parra abandonar el barco que lo encontró, y vendrá por el Támesis esta misma mañana. Tengo un coche en el muelle y lo espero en mi oficina a mediodía. Allí —y no aquí— es donde intentaremos llegar a un acuerdo.

—¿Una niña... salvada? —preguntó el anciano—. ¡Ay, Díos mío, puede ser la pequeña Myra! No estaba en Gibraltar con los demás. No me importaría demasiado el dinero si ella está a salvo. Pero mi hijo, mi único hijo, ha muerto y, Sr. Meyer, yo seré un hombre arruinado si no se paga el seguro.

—Y yo lo serré si se paga —dijo el Sr. Meyer, levantándose—. ¿Vendrá a mi oficina, Sr. Selfridge? Espero que el abogado y el capitán Bryce ya estarán allí.

El Sr. Selfridge se levantó y lo acompañó a la calle.

Una oficina en Threadneedle Street, austeramente decorada y separada por un tabique de otra más espaciosa con el nombre del Sr. Meyer escrito en la ventana, recibió a los dos hombres, uno de los cuales, por el bien de los buenos negocios, no tardaría en quedar arruinado. No llevaban un minuto esperando cuando el capitán

Bryce y el Sr. Austen fueron anunciados y conducidos a la sala. Pulcros, bien alimentados y caballerosos, perfectos representantes del oficial británico, hicieron una reverencia al Sr. Selfridge mientras el Sr. Meyer los presentaba como el capitán y el primer oficial del Titán, y a continuación se sentaron. Poco después entró un individuo de mirada astuta a quien el Sr. Meyer se dirigió como el abogado de la compañía naviera pero al que no presentó, pues tales son las convenciones del sistema de castas inglés.

—Ahorra, caballeros, creo que podemos proceder a negociar hasta cierto punto, y tal vez algo más —dijo el Sr. Meyer—. Sr. Thompson, ¿tiene la declaración jurada del capitán Bryce?

—La tengo —dijo el abogado, presentando un documento que el Sr. Meyer hojeó y devolvió.

—Y en esta declaración, capitán, jura usted que el viaje transcurrió sin incidentes hasta el momento del naufragio. Es decir —añadió, sonriendo empalagosamente, viendo que el capitán palidecía—, que no ocurrió nada que hiciera al Titán menos maniobrable ni menos apto para navegar, ¿verdad?

—Eso es lo que declararé bajo juramento —dijo el capitán, suspirando ligeramente.

—Usted es copropietario, ¿no es así, capitán?

—Tengo la quinta parte de las acciones de la compañía.

—He examinado los estatutos y las listas de la compañía, y cada barco es, en lo que respecta a valoraciones y dividendos, una compañía aparte. Veo que usted figura como propietario de ciento veinte de las acciones del Titán. Eso le convierte ante la ley en copropietario, y como tal en responsable.

—Señor, ¿qué quiere decir con «responsable»? —preguntó rápidamente el capitán.

Por toda respuesta, el Sr. Meyer arqueó sus negras cejas, como en actitud de escucha, miró el reloj y se dirigió a la puerta que, una vez abierta, dejó entrar el ruido de un carruaje.

—¡Aquí! —gritó a sus empleados, y acto seguido se encaró con el capitán.

—¿Qué qué quiero decir, capitán? —rugió—. Quiero decir que usted omitió en su declaración cualquier referencia al hecho de que usted chocó contra el Royal Age y lo hundió la noche anterior al naufragio de su propio barco.

—¿Quién lo dice?... ¿Cómo lo sabe? —respondió el capitán, desafiante—. Solo tiene la declaración de ese Rowland, un borracho irresponsable.

—A ese hombre lo subieron borracho a bordo en Nueva York y siguió en un estado de *delirium tremens* hasta el accidente —intervino el primer oficial—. No chocamos con el Royal Age y en modo alguno somos responsables de su hundimiento.

—Así es —añadió el capitán Bryce—, y un hombre en ese estado no está en

condiciones de ver nada. Le oímos desvariar la noche del naufragio. Estaba de vigía en el puente. El Sr. Austen, el contramaestre y yo mismo estábamos cerca de él.

Antes de que la meliflua sonrisa del Sr. Meyer revelara al aturdido capitán que había hablado más de la cuenta, se abrió la puerta y entró Rowland, pálido, débil, con la manga izquierda colgándole y apoyado en el brazo de un gigante de barba bronceada y mirada viril que llevaba a la pequeña Myra sobre su otro hombro, y que dijo con el tono airoso de un oficial de alcázar:

—Bueno, aquí lo traigo medio muerto. Pero ¿es que no podían dejarme algo de tiempo para atracar mi barco? Un oficial no puede hacerlo todo.

—Y este es el capitán Barry, del Peerless —dijo el Sr. Meyer, estrechándole la mano—. No se preocupe, amigo, no perderrá nada. Y este es el Sr. Rowland, y esta la pequeña. Siéntese, amigo. Me alegro de que hayan podido escapar.

—Gracias —dijo débilmente Rowland mientras se sentaba—. Me amputaron el brazo en Christiansand, pero sigo con vida. Esa es mi escapada.

El capitán Bryce y el Sr. Austen, pálidos e inmóviles, miraron duramente a aquel hombre en cuyo rostro, demacrado y refinado por el sufrimiento hasta alcanzar la casi espiritual suavidad de la vejez, apenas reconocían los rasgos del problemático marinero del Titán. Sus ropas, aunque limpias, estaban andrajosas y remendadas.

El Sr. Selfridge se había levantado y observaba atentamente no a Rowland, sino a la niña, que, sentada en los muslos del enorme capitán Barry, miraba a su alrededor, asombrada. Su vestimenta era de lo más singular: un vestido hecho de sacos —al igual que sus zapatos y su gorro—, cosido con cordel y puntadas como las que dan los fabricantes de velas, tres por pulgada, falda cubierta y ropa interior hecha con viejas camisas de pana. Eso había supuesto una hora de trabajo extra, regalada amorosamente por la tripulación del Peerless, puesto que el malherido Rowland no podía coser. El Sr. Selfridge se acercó, examinó atentamente los hermosos rasgos de la pequeña y preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Myra —respondió Rowland—. Eso lo recuerda; pero no he podido enterarme de su apellido, aunque conocí a su madre hace años, antes de que se casara.

—Myra, Myra... —repitió el anciano—, ¿te acuerdas de mí? ¿Sabes quién soy? Temblando visiblemente, el anciano se agachó y la besó. La niña frunció su pequeña frente, haciendo esfuerzos por recordar; entonces se relajó y su carita sonrió dulcemente.

—¡Abuelo! —dijo.

—¡Oh, gracias, Dios mío! —murmuró el Sr. Selfridge, cogiéndola en brazos—. He perdido a mi hijo, pero he encontrado a su hija... mi nieta.

—¡Cómo! Señor, ¿es usted el abuelo de esta niña? —preguntó ávidamente Rowland—. ¿Y dice que su hijo ha muerto? ¿Iba a bordo del Titán? Y la madre, ¿ha

sobrevivido o ella también...? —se detuvo, incapaz de continuar.

—La madre está a salvo en Nueva York, pero del padre, mi hijo, aún no sabemos nada —dijo el anciano, compungido.

Rowland bajó la cabeza, escondiendo la cara en su brazo, sobre la mesa junto a la que estaba sentado. Hasta ese momento esa cara parecía tan vieja, marchita y cansada como la del hombre de pelo blanco que tenía enfrente, pero cuando la levantó —encendida, vivaz y sonriente—, en ella se reflejó la gloria de la juventud.

—Señor, confío en que le enviaré un telegrama —dijo—. No tengo dinero en este momento y, además, no sé cómo se apellida.

—Selfridge, que obviamente también es mi apellido. Sra de George Selfridge. Nuestra dirección de Nueva York es muy conocida. Le enviaré un telegrama ahora mismo y, créame, aunque sé que la deuda que tenemos con usted no puede medirse en términos monetarios, no tiene por qué seguir sin dinero. Evidentemente es usted un hombre muy capaz, y yo tengo dinero e influencias.

Rowland se limitó a inclinar ligeramente la cabeza, pero el Sr. Meyer murmuró para sus adentros: «Hum... Dinero e influencias, probablemente no».

Y añadió, alzando la voz:

—Vamos al asunto que nos ocupa. Sr. Rowland, ¿puede decirnos algo sobre el choque con el Royal Age?

—¿Era el Royal Age? —preguntó Rowland—. Serví en uno de sus viajes. Sí, por supuesto.

El Sr. Selfridge, más interesado en Myra que en la narración que se avecinaba, la llevó en brazos hasta una silla en un rincón, se sentó a su lado y empezó a acariciarla y a hablarle como hacen los abuelos de todo el mundo. Rowland, después de mirar fijamente a los dos hombres que había venido a desenmascarar y cuya presencia había ignorado hasta entonces, contó —mientras estos apretaban los dientes y se clavaban las uñas en las palmas de las manos— la terrible historia de cómo partieron por la mitad el barco la noche siguiente a su salida de Nueva York, terminando con el intento de soborno y con su negativa a aceptarlo.

—Y bien caballeros, ¿qué les parece? —preguntó el Sr. Meyer, mirando uno por uno a los presentes.

—Una mentira de principio a fin —bramó el capitán Bryce.

Rowland se levantó, pero fue sujetado por el grandullón que lo acompañaba, quien acto seguido se encaró con el capitán Bryce y dijo, sin perder la calma:

—Yo vi el oso polar que mató este hombre con sus manos. Después vi su brazo, y mientras lo cuidaba para salvarlo de la muerte no le oí quejarse ni una sola vez. Puede librar sus combates por sí solo cuando se recupere, pero hasta entonces lo haré yo en su nombre. Así que si vuelve a insultarle en mi presencia le romperé los dientes.

CAPÍTULO XII

Se hizo un silencio momentáneo, mientras los dos capitanes se retaban con la mirada, que fue roto cuando el abogado dijo:

—Sea cierta o no esa historia, el caso es que no es relevante para la validez de la póliza. Si ocurrió tal como dice, fue después de aplicarse esta y antes del accidente del Titán.

—¡Perro el encubrimiento..., el encubrimiento...! —exclamó el Sr. Meyer, fuera de sí.

Tampoco es relevante. Si ocultó algo, fue después del naufragio y de que se confirmara su responsabilidad. Ni siquiera fue baratería. Por consiguiente, debe usted pagar el seguro.

—¡No lo aceptaré, de ningún modo! ¡Nos veremos en los tribunales! —dijo el Sr. Meyer, pisando el suelo con fuerza por la excitación. De repente se detuvo, esbozó una sonrisa de triunfo y blandió el dedo ante la cara del abogado—. Incluso si el encubrimiento no invalida la póliza, el hecho de tener a un hombre ebrio en el puesto de vigía cuando el Titán chocó con el iceberg será suficiente. Adelante, demándeme. No pagaré. El capitán era copropietario.

—No tiene testigos que lo confirmen —dijo el abogado.

El Sr. Meyer miró a los presentes y la sonrisa se le borró del rostro.

—El capitán Bryce se equivocó —dijo el Sr. Austen—. Este hombre estaba borracho en Nueva York, al igual que otros miembros de la tripulación. Pero se hallaba sobrio y en perfectas condiciones durante la guardia. Lo sé porque discutí con él algunas teorías de navegación durante su turno en el puente aquella noche, y habló con gran inteligencia.

—¡Perro usted mismo dijo hace diez minutos que este hombre estuvo en un estado de *delirium tremens* hasta que se produjo el choque! —dijo el Sr. Meyer.

—Lo que dije y lo que admitiré bajo juramento son cosas distintas —dijo, desesperado, el oficial—. Puedo haber dicho cualquier cosa en la excitación del momento, al ser acusado de un delito tan infame. Ahora afirmo que John Rowland, fuese cual fuese su estado la noche anterior, era un vigía sobrio y perfectamente capacitado cuando naufragó el Titán.

—Gracias —dijo secamente Rowland al primer oficial y, mirando el rostro suplicante del Sr. Meyer, añadió—: No creo necesario que me llame borracho delante de todo el mundo para castigar a la compañía y a estos individuos. La baratería, tal como yo la entiendo, es un comportamiento ilícito de un capitán o tripulación en alta mar que causa daños o pérdidas, y solo se aplica cuando las partes implicadas son

meros empleados. Si he entendido bien, el capitán Bruce era copropietario del Titán, ¿no es así?

—Cierto, y nosotros aseguramos contra la baratería; pero este hombre, al ser accionista, no puede escudarse en eso —dijo el Sr. Meyer.

—Y un comportamiento ilícito perpetrado por un capitán que es a la vez copropietario y que puede causar un accidente, en caso de que este se produjera, bastaría para anular la póliza, ¿no?

—Así es —dijo, ansioso, el Sr. Meyer—. Usted estaba ebrio durante la guardia, tanto que desvariaba, como él mismo acaba de decir. Usted lo reconocerá bajo juramento, ¿verdad, amigo? Eso supone actuar de mala fe con los aseguradores y anula la póliza. ¿Me equivoco, Sr. Thompson?

—Así lo dicta la ley —dijo fríamente el abogado.

—¿Y no era también el Sr. Austen copropietario? —preguntó Rowland, sin atender al enfoque que el Sr. Meyer daba al asunto.

—Tenía una cuota, ¿verdad, Sr. Austen? —preguntó el Sr. Meyer, frotándose las manos y sonriendo.

El Sr. Austen no dio muestras de querer negarlo y Rowland prosiguió:

—Entonces, por drogar a un marinero y tenerlo de guardia fuera de su turno en ese estado y en el momento en que el Titán chocó con el iceberg, el capitán Bryce y el Sr. Austen, como copropietarios, han cometido un acto que invalida el seguro sobre ese barco.

—¡Maldito canalla mentiroso! —rugió el capitán Bryce, avanzando hacia Rowland con gesto amenazador.

Pero a medio camino se vio detenido por el impacto de un enorme puño moreno, que lo envió tambaleándose y haciendo eses hasta donde estaban el Sr. Selfridge y la niña, sobre los que se derrumbó antes de caer desplomado al suelo, mientras el gigantesco capitán Barry examinaba las marcas de dientes en sus nudillos. Todos se levantaron de un salto.

—Le advertí que se anduviera con cuidado y tratara a mi amigo con respeto —dijo el capitán Barry, mirando fijamente al primer oficial, como invitándole a repetir la ofensa; pero este se echó atrás y ayudó al aturdido capitán Bryce a sentarse en una silla, donde se palpó los dientes, escupió sangre en el suelo del Sr. Meyer y se fue espabilando hasta comprender que había sido noqueado... y por un norteamericano.

La pequeña Myra, ilesa pero muy asustada, se echó a llorar y llamó a Rowland a su manera, para sorpresa (y escándalo) del afable anciano que intentaba consolarla.

—¡Dammy^[5]! —exclamó la pequeña, intentando zafarse para irse con él—. ¡Quiero a Dammy... Dammy... Da-a-my...!

—¡Pobre criaturra! —dijo el jovial Sr. Meyer, mirándola con desprecio—. ¿Quién te ha enseñado a hablar así?

—Es mi apodo —dijo Rowland, sonriendo sin querer—. Me lo ha puesto ella — le explicó al alterado Sr. Selfridge, que no acababa de comprender lo sucedido—, y todavía no he logrado convencerla de que no me llame así, ni pude ser duro con ella. Señor, permítame que la coja.

Rowland se sentó con la niña, que se acurrucó feliz contra él y no tardó en calmarse.

—Ahorra, amigo mío —dijo el Sr. Meyer— cuéntenos eso de que le drogaron.

Entonces, mientras el capitán Bryce iba alimentando en su interior una furia insensata al recordar el puñetazo que había recibido; y el Sr. Austen, con la mano apoyada en el hombro del capitán para contenerlo, escuchaba la historia; y el abogado acercaba una silla y tomaba notas; y el Sr. Selfridge arrimaba la suya a Myra y no prestaba atención a la historia, Rowland relató los hechos anteriores y posteriores al naufragio. Empezando por el whisky que encontró en su bolsillo, contó cómo lo llamaron para hacer guardia en el puente de estribor en lugar del compañero correspondiente; habló del repentino y extraño interés que mostró el Sr. Austen por sus conocimientos de navegación; de su dolor en el vientre, de las espantosas figuras que había visto debajo, en cubierta, y de lo que sintió durante aquel sueño — omitiendo únicamente la parte relacionada con la mujer que amaba—; habló de la niña sonámbula que lo despertó, del choque con el iceberg, del naufragio subsiguiente y del estado alterado de sus ojos, que le impedía enfocarlos a cierta distancia, y terminó su historia —para explicar su manga vacía— con una gráfica descripción de su pelea con el oso.

—Le he dado muchas vueltas a todo esto —dijo, en conclusión—. Me drogaron (seguramente con hachís, que suele provocar visiones) y me asignaron la guardia del puente para poder vigilarme, escuchar y anotar mis desvaríos, con el único propósito de desacreditar mi testimonio sobre el choque de la noche anterior. Pero solo estaba medio drogado, y derramé parte del té en el almuerzo. Estoy seguro de que en ese té estaba el hachís.

—Usted lo sabe todo, ¿no? —gruñó el capitán Bryce desde su silla—. No era hachís; era una infusión de cáñamo de la India; usted no sabe...

El Sr. Austen le tapó la boca, y el capitán se derrumbó en la silla.

—Usted mismo acaba de inculparse —dijo Rowland, sonriendo tranquilamente—. El hachís se hace con cáñamo de la India.

—¿Lo han oído, caballeros? —exclamó el Sr. Meyer, poniéndose en pie de un salto y mirando a cada uno de los presentes. Luego se dirigió al capitán Barry—: Usted ha oído esta confesión, capitán. ¿Le oyó hablar del cáñamo de la India? Ahorra tengo un testigo, Sr. Thompson. Adelante, siga con su demanda. Ya le ha oído, capitán Barry. Usted no es parte interesada y puede testificar. ¿Lo ha oído?

—Sí, lo he oído. ¡Maldito asesino! —dijo el capitán.

El Sr. Meyer se puso a dar saltos de alegría, mientras el abogado, metiéndose las notas en el bolsillo, decía al desconcertado capitán Bryce: «Es usted el tipo más estúpido que conozco», y salió de la oficina.

El Sr. Meyer se calmó y, dirigiéndose a los dos oficiales, dijo con tono sereno e imponente, blandiendo el dedo ante sus caras:

—Inglaterra es un país estupendo, amigos... un país estupendo parra dejar atrás de vez en cuando. Están Canadá, y Estados Unidos, y Australia, y Sudáfrica... todos ellos países igualmente estupendos a los que ir con nuevos nombres. Amigos, en menos de media hora serrán incluidos en las listas y boletines de Lloyd's, y nunca más navegarán con bandera inglesa como oficiales. Y déjenme que les diga que media hora después de que eso ocurra todo Scotland Yard les estarrá buscando. Pero mi puerta no está cerrada.

Los dos hombres se levantaron en silencio, pálidos, avergonzados y abatidos, cruzaron la puerta, atravesaron la oficina exterior y salieron a la calle.

CAPÍTULO XIII

El Sr. Selfridge había empezado a interesarse por las acciones legales. Mientras salían los dos hombres, se levantó y preguntó:

—¿Ha llegado a un acuerdo, Sr. Meyer? ¿Se pagará el seguro?

—No —rugió el asegurador al oído del desconcertado anciano, dándole una fuerte palmada en la espalda—. No se pagará. Uno de los dos debía quedar arruinado, y le ha tocado a usted. No voy a pagar el seguro del Titán, ni lo harán los demás aseguradores. Al contrario, puesto que la cláusula de colisión en la póliza queda anulada, su compañía debe reembolsarme el importe del seguro que tengo que pagar a los propietarios del Royal Age; a menos, claro está, que nuestro buen amigo, el Sr. Rowland, que estaba en el puesto de vigía en ese momento, jurre que el barco iba con las luces apagadas.

—En absoluto —dijo Rowland—. Las llevaba encendidas. Pero... ¡miren al caballero! ¡Cuidado! ¡Sujétenlo!

El Sr. Selfridge estaba intentado alcanzar una silla. Consiguió agarrarla, pero la soltó enseguida, y antes de que nadie pudiera socorrerle cayó al suelo, donde quedó tendido con los labios grisáceos y los ojos fuera de las órbitas, jadeando convulsivamente.

—¡Un infarto! —dijo Rowland, arrodillándose junto a él—. ¡Llamen a un médico!

—¡Llamen a un médico! —repitió el Sr. Meyer a sus empleados—, ¡y pidan un carruaje, rápido! No quiero que muera en mi oficina.

El capitán Barry subió a la indefensa figura a un sillón, mientras veían cómo iban disminuyendo los espasmos, la respiración se hacía más entrecortada y los labios pasaban del gris al morado. Antes de que pudieran llegar el médico o el carruaje, el anciano había muerto.

—La causa de su muerte ha sido alguna emoción repentina y violenta —dijo el médico cuando llegó—. ¿Había recibido malas noticias?

—Malas y buenas —respondió el asegurador—. Buenas, al enterrarse de que esta niña era su nieta; malas, al oír que estaba arruinado. Erra el mayor accionista del Titán. Tenía acciones por valor de cien mil libras, de las que esta criatura jamás podrá disfrutar —dijo el Sr. Meyer, con aire afligido, mientras acariciaba a Myra.

El capitán Barry hizo una seña a Rowland, que, con el rostro ligeramente encendido, permanecía de pie junto a la yerta figura del sofá y miraba al Sr. Meyer, en cuyo rostro podían verse alternativamente fastidio, júbilo y una falsa conmoción.

—Un momento —dijo al ver que el médico salía de la habitación—. ¿Es cierto

eso, Sr. Meyer? —añadió, dirigiéndose al asegurador—; ¿qué el Sr. Selfridge tenía acciones del Titán y se habría arruinado de haber seguido con vida al perder el dinero del seguro?

—Así es, se habría convertido en un hombre pobre. Había invertido hasta el último penique: cien mil libras. Y si hubierrá dejado algo de dinero, serría tasado para compensar su parte de lo que la compañía tiene que pagar por el Royal Age, al que yo también aseguro.

—¿Había una cláusula de colisión en la póliza del Titán?

—La había.

—¿Y usted corrió ese riesgo, sabiendo que navegaría a toda máquina por la ruta norte, entre nieblas y hielos?

—Lo corrí, y lo mismo hicierron otros.

—Entonces, Sr. Meyer, solo me queda decirle que se pagará el seguro del Titán, así como cualquier responsabilidad legal incluida y especificada en la cláusula de colisión de la póliza. En una palabra, yo, el único que puede impedirlo, me niego a testificar.

—¿Qué?

El Sr. Meyer se agarró al respaldo de una silla y, apoyándose en ella, clavó los ojos en Rowland.

—¿Qué no testificarrá? ¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho, y no me apetece que me citen para explicarle mis razones, Sr. Meyer.

—Amigo mío... —dijo el asegurador, avanzando con las manos extendidas hacia Rowland.

Pero este se apartó y, cogiendo de la mano a Myra, se dirigió a la puerta. El Sr. Meyer llegó antes que él, la cerró, se guardó la llave y se encaró con ellos.

—¡Ay, Dios! —exclamó, volviendo en su excitación al más puro dialecto de su raza—. ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué se vuelve atrás, eh? ¿Acaso no me he encargado de la factura del médico? ¿Es que no he pagado el carruaje? ¿No le he tratado como un caballero, eh? Le invito a sentarse en mi oficina y le llamo Sr. Rowland. ¿No he sido caballeroso?

—Abra esa puerta —dijo Rowland, sin perder la calma.

—Ya lo ha oído —dijo el capitán Barry, cuyo desconcertado rostro se iba aclarando ante la perspectiva de intervenir en todo aquello—. Abra o la derribaré a patadas.

—Perro, amigo mío... usted oyó al capitán admitir que le drogó. Con un buen testigo serrá suficiente, perro con dos es mejor. Usted sí que testificarrá, amigo mío, ¡no pretenderrá arruinarme!

—Yo estoy con Rowland —dijo secamente el capitán—. De todas formas no

recuerdo nada de lo dicho aquí. Tengo una memoria espantosa. Apártese de la puerta.

Un lamento dolorido —lágrimas, gemidos y el más genuino rechinar de dientes—, mezclado con el llanto más débil de la asustada Myra y salpicado de escuetas órdenes para que abriera la puerta, inundó la oficina, para sorpresa de los empleados que estaban fuera del despacho, y terminó con el ruido de la puerta al saltar de sus goznes.

El capitán Barry, Rowland y Myra, seguidos de una última y genuina maldición del agitado asegurador, atravesaron la oficina y salieron a la calle. El coche que los había traído seguía allí.

—Vuelva a subir —dijo el capitán al cochero—. Cogemos otro, Rowland. Al doblar la primera esquina encontraron un coche de punto. Lo tomaron, y el capitán Barry dio instrucciones al cochero de que los llevara al «Peerless, Muelle de las Antillas».

—Creo entender lo que se propone, Rowland —dijo, cuando se pusieron en marcha—. No quiere dejar a esta niña en la ruina.

—Así es —respondió Rowland con voz débil, reclinándose sobre el cojín, desfallecido por la excitación de los últimos minutos—. Y para bien o para mal de la posición en la que me encuentro, debemos remontarnos más allá del asunto de los vigías. El accidente se produjo por ir a toda máquina entre la niebla. Por más que todos los marineros hubieran hecho guardia no habrían podido ver ese iceberg. Los aseguradores lo sabían y corrieron el riesgo. Que paguen, pues.

—Tiene razón, y estoy con usted en eso. Pero debe salir del país. Desconozco la legislación sobre esta materia, pero es posible que le obliguen a testificar. No podrá subir de nuevo al mástil, eso seguro. Pero en mí tendrá un compañero de litera mientras yo sea patrón de un barco, si usted lo acepta; y puede considerar mi camarote como su casa durante todo el tiempo que quiera, recuérdelo. Pero sé que quiere llevar a la pequeña al otro lado del Atlántico, y si se queda hasta que yo embarque puede tardar meses en llegar a Nueva York, con el riesgo de perderla por alguna sanción de la ley inglesa. Déjelo en mis manos. En este asunto hay grandes intereses en juego.

Rowland estaba demasiado débil para intentar averiguar lo que el capitán Barry tenía en mente. Cuando llegaron al barco, se tumbó en un sillón del camarote, ayudado por su amigo, y allí pasó el resto del día, incapaz de levantarse. Entretanto el capitán Barry había vuelto a tierra.

Esa noche, a su regreso, le dijo al hombre tumbado en el sillón:

—Aquí tengo su paga, Rowland, y he firmado el recibo a ese abogado. Lo pagó de su propio bolsillo. Usted podría haber sacado a esa compañía cincuenta mil libras o más, pero me figuré que no aceptaría su dinero. Así que solo le pedí lo que le debían.

Y, entregando a Rowland un fajo de billetes, le dijo:

—Tiene derecho a un mes de paga. Aquí tiene: dinero americano, unos setenta dólares.

—Hay algo más —prosiguió, sacando un sobre—. Teniendo en cuenta que perdió toda su ropa y también el brazo por la negligencia de los oficiales de la compañía, el Sr. Thompson le ofrece esto.

Rowland abrió el sobre. Contenía dos pasajes en primera clase para el trayecto Liverpool-Nueva York. Enrojeciendo súbitamente, dijo con amargura:

—Parece que no podré escapar, después de todo.

—Vamos, amigo, cójalo. De hecho, yo lo cogí en su nombre, y usted y la niña tienen hecha la reserva. E hice que Thompson aceptara liquidar sus gastos y saldar la factura del médico con el tal Sheeny. No es un soborno. Yo mismo le financiaría su viaje, pero, maldita sea, no sacaré nada de mí. Debe usted llevar a la pequeña. Es el único que puede hacerlo. Su abuelo era un norteamericano sin nadie en este país. Ni siquiera tenía abogado, por lo que he podido averiguar. El barco zarpa mañana por la mañana y el tren nocturno sale dentro de dos horas. Piense en la madre de la niña, Rowland. Amigo mío, yo recorrería el mundo entero para entregar a la pequeña si estuviera en su pellejo. Yo también tengo una hija.

Los ojos del capitán parpadeaban rápida y enérgicamente, y los de Rowland brillaban.

—Está bien. Cogeré los billetes —dijo, sonriendo—. Aceptaré el soborno.

—Eso es. Estará fuerte y sano para cuando desembarquen y esa madre le dé las gracias. Además, tiene que pensar en usted. Recuerde, yo quiero un oficial, y estará aquí un mes antes de zarpar. Escríbame a través de Lloyd's si quiere la litera, y yo le adelantaré dinero para comprar el billete.

—Gracias, capitán —dijo Rowland, estrechándole la mano y mirando a continuación su manga vacía—; pero mis viajes por mar han terminado. Hasta un marinero necesita dos manos.

—Bueno, como usted quiera, Rowland; le contrataré como oficial aunque no tenga manos, siempre que conserve el cerebro. Me ha hecho bien conocer a alguien como usted y, oiga, amigo, no se lo tome a mal, ¿de acuerdo?, no es asunto mío, pero vale usted demasiado para beber así. Lleva dos meses sin probar gota. ¿Va a comenzar de nuevo?

—Nunca más —dijo Rowland, poniéndose en pie—. Ahora tengo un futuro, al igual que un pasado.

CAPÍTULO XIV

Era casi mediodía del día siguiente cuando Rowland, sentado en la silla de un barco con Myra, y contemplando la extensión azul salpicada de velas desde la cubierta de un transatlántico, cayó en la cuenta de que no había hecho gestiones para enviar un telegrama a la Sra. Selfridge con el fin de notificarle que su hija estaba a salvo y, a menos que el Sr. Meyer o sus socios hubieran filtrado la historia a la prensa, nadie lo sabría.

«Bueno», pensó, «la alegría no mata, y yo seré testigo de la mayor de las alegrías si la pillo por sorpresa. Aunque es muy probable que esto salga en los periódicos antes de que la encuentre. Es demasiado bueno para que el Sr. Meyer se lo guarde».

Pero la historia no se divulgó inmediatamente. El Sr. Meyer convocó una reunión de los aseguradores implicados con él en el seguro del Titán, en la que se decidió guardar silencio sobre la carta que esperaban jugar e invertir algo de tiempo y dinero en buscar más testigos entre la tripulación del Titán y entrevistarse con el capitán Barry a fin de refrescarle la memoria. Unas pocas entrevistas con aquel enorme obstruccionista les convencieron de lo inútil de hacer más esfuerzos en esa dirección y, tras descubrir al cabo de una semana que todos los supervivientes de la guardia de puerto del Titán, así como algunos de la otra, habían sido invitados a enrolarse en viajes al Cabo o habían desaparecido, decidieron filtrar la historia contada por Rowland a la prensa con la esperanza de que la publicidad sirviera para traer a la luz pruebas que corroboraran su versión.

Y esa historia, mejorada cuando el Sr. Meyer la repitió a los reporteros y embellecida más aún por los periodistas que la escribieron, especialmente en lo que respecta al episodio del oso polar, fue pregonada en los principales diarios de Inglaterra y el Continente, y telegrafiada a Nueva York con el nombre del barco en el que John Rowland había zarpado (pues se habían rastreado sus movimientos en busca de pruebas), adonde llegó demasiado tarde para ser publicada la mañana del día en que, con Myra subida a hombros, bajó la pasarela hacia el muelle de North River. Como resultado de todo aquello, se vio rodeado en el muelle por excitados reporteros que hablaban de su historia y le preguntaban por detalles de la misma. Pero él se negó a hablar, los eludió y, tras ganar las calles laterales, se vio en el abarrotado Broadway, donde entró en la oficina de la compañía naviera trabajando para la cual había naufragado. En la lista de pasajeros del Titán encontró la dirección de la Sra. Selfridge, única mujer superviviente. Luego tomó un coche hasta Broadway y se apeó frente a unos grandes almacenes.

—Pronto veremos a mamá, Myra, y tienes que ir bien vestida —le susurró al oído

—. Yo no importo, pero tú eres una niña de la Quinta Avenida, una pequeña aristócrata. Estas ropas viejas ya no sirven.

Pero la niña se había olvidado de la palabra «mamá» y estaba más interesada en el ruido y bullicio de la calle que en la ropa que llevaba puesta. Una vez en la tienda, Rowland preguntó por la sección infantil. Le indicaron el camino y, cuando llegó, una joven lo estaba esperando.

—Esta niña ha sido víctima de un naufragio —dijo—. Tengo dieciséis dólares y medio. Báñenla, péinenla y con ese dinero consíganle un vestido, zapatos, medias, ropa interior y un sombrero.

Compadecida, la joven se agachó y besó a la pequeña, pero dijo que no se podía hacer mucho.

—Haga lo que pueda —dijo Rowland—. Es todo lo que tengo. Esperaré aquí. Una hora después, de nuevo sin un céntimo en el bolsillo, Rowland salía de la tienda con Myra, magníficamente vestida con su nueva ropa, cuando fue detenido en la esquina por un policía que los había visto salir, sorprendido, sin duda, por esa mezcla de cintas y andrajos.

—¿De quién es esta niña? —preguntó.

—Creo que es la hija de la Sra. Selfridge —respondió Rowland, altanero (demasiado, de hecho).

—Lo cree, pero no lo sabe. Acompañeme de nuevo a la tienda, y veremos a quién se la ha robado.

—Muy bien, agente. Puedo demostrar que ella está conmigo.

Volvieron sobre sus pasos, con el policía agarrando a Rowland del cuello de la camisa, y se toparon en la puerta con un grupo de tres o cuatro personas que salían. Una de ellas, una joven vestida de negro, lanzó un grito desgarrador y se abalanzó sobre ellos.

—¡Myra! —gritó—. ¡Devuélveme a mi hija! ¡Devuélvemela!

Agarró a la niña (que estaba subida a hombros de Rowlands), la abrazó, la besó y la cubrió de lágrimas; luego, ajena a la multitud que iba congregando, se desmayó en brazos de un indignado anciano.

—¡Maldito canalla! —exclamó este, blandiendo su bastón por encima de Rowland con su brazo libre—. Te hemos pillado. Agente, lleve a este hombre a comisaría. Yo les seguiré y pondré una denuncia en nombre de mi hija.

—Entonces ha robado a la niña, ¿no? —preguntó el policía.

—Casi con toda seguridad —respondió el anciano, mientras, ayudado por los otros, llevaba a la desmayada joven hasta el coche. A continuación entraron en él, con la pequeña Myra llamando a gritos a Rowland desde los brazos de una mujer del grupo, y se pusieron en marcha.

—Usted venga conmigo —dijo el oficial, golpeando al prisionero con su porra y

haciéndole tambalearse.

Y mientras la multitud aplaudía complacida, el hombre que se había enfrentado y vencido a un oso polar hambriento fue arrastrado por las calles como un animal enfermo por un policía de Nueva York. Tal es el efecto embrutecedor de un entorno civilizado.

CAPÍTULO XV

En Nueva York hay hogares impregnados de una atmósfera moral tan pura, elevada y sensible a las vibraciones de la aflicción y de los yerros humanos, que sus miembros solo se preocupan por el bienestar espiritual de la pobre humanidad. En estos hogares no entran los periódicos noticieros y sensacionalistas.

En esa misma ciudad hay eminentes magistrados —miembros de clubes y sociedades— que se acuestan tarde y a menudo no madrugan lo suficiente para leer los periódicos antes de que se abran los tribunales.

También en Nueva York hay redactores con bilis en las entrañas, de verbo incendiario, indiferentes a los sentimientos de los reporteros y al orgullo profesional. Esos redactores, cuando un reportero no ha conseguido entrevistar a un personaje famoso —aunque no sea culpa suya—, lo mandan a veces a buscar noticias a los juzgados de guardia, donde ocurren pocas cosas dignas de publicarse.

La mañana siguiente al arresto de John Rowland, tres reporteros, enviados por sus respectivos redactores, se encontraban en la sala de un tribunal presidido por uno de esos poco madrugadores magistrados mencionados anteriormente. En la antesala de aquel tribunal, harapiento, desfigurado por los porrazos y despeinado tras pasar la noche en un calabozo, estaba Rowland, junto con otros desventurados más o menos culpables de algún delito contra la sociedad. Cuando dijeron su nombre, fue obligado a entrar a empellones y a atravesar una fila de policías —que demostraron su utilidad dándole cada uno un empujón— hasta el banquillo de los acusados, donde un magistrado de gesto adusto y aspecto fatigado lo miró fijamente. Sentados en un rincón de la sala se hallaban el anciano de la víspera, la joven madre con la pequeña Myra sentada en sus rodillas y algunas mujeres más, todos ellos mostrando una gran agitación y, excepto la joven madre, lanzando miradas asesinas a Rowland. La Sra. Selfridge, pálida y con los ojos hundidos, pero feliz, no se dignó a posar los ojos en él.

El agente que había arrestado a Rowland, tras prestar juramento, declaró que había detenido al prisionero en Broadway mientras huía con la niña, cuyo flamante vestido le había llamado la atención.

Se oyeron suspiros de desdén en un rincón, acompañados de comentarios en voz baja: «Qué ocurrencia. Flamantes, ciertamente, las huellas más endebles».

El Sr. Gaunt, testigo de la acusación, fue llamado a declarar:

—Este hombre, Señoría —empezó a decir, excitado—, fue una vez un caballero, y solía frecuentar mi casa. Pidió la mano de mi hija y, cuando su petición fue rechazada, amenazó con vengarse. Sí, señor. Y en el ancho mar, adonde había

seguido a mi hija haciéndose pasar por marinero, intentó matar a esa niña —mi nieta —, pero fue descubierto y...

—Un momento —interrumpió el magistrado—. Límitese a la causa que nos ocupa.

—Sí, Señoría. Al no lograr su objetivo, secuestró o engatusó a la pequeña para que se levantara de la cama, y en menos de cinco minutos el barco naufragó, y él debió de escapar con la niña en...

—¿Usted presenció todo aquello?

—Yo no estaba allí, Señoría, pero el primer oficial nos ha dado su palabra de que fue así y...

—Puede bajar del estrado, es suficiente. Agente, ¿ese delito se cometió en Nueva York?

—Sí, Señoría. Yo mismo lo arresté.

—¿A quién robó la niña?

—A esa dama de ahí.

—Señora, ¿puede subir al estrado?

Con su hija en brazos, la Sra. Selfridge prestó juramento y con voz tenue y temblorosa repitió lo que había dicho su padre. Al tratarse de una mujer, el magistrado le permitió contar la historia a su manera. La joven se alteró cuando habló del intento de asesinato en la barandilla de cubierta. Luego contó la promesa que le hizo el capitán de que encerraría al acusado si ella accedía a testificar en su contra, la consiguiente relajación de su vigilancia y la pérdida de la niña antes del naufragio; su rescate por parte del valeroso oficial y cómo este afirmó haber visto a su hija en brazos de aquel hombre, el único hombre en la tierra que le haría daño; habló de las últimas noticias según las cuales un bote con marineros y una niña había sido rescatado por un barco del Mediterráneo; de los detectives que fueron enviados y que informaron de que un marinero que concordaba con la descripción del acusado se había negado a entregar a la niña al cónsul en Gibraltar y había desaparecido con ella; de su alegría al enterarse de que Myra estaba viva, y de su desesperación ante la idea de no verla nunca más hasta que la encontró en brazos de aquel hombre en Broadway. En ese punto sucumbió a su maternidad ultrajada. Con las mejillas encendidas y los ojos refulgiendo por el desprecio y la indignación, señaló a Rowland y, casi en un grito, exclamó:

—¡Y ese hombre ha mutilado y torturado a mi pequeña! Tiene cortes profundos en la espalda, y anoche mismo el doctor dijo que fueron hechos con un instrumento punzante. Y ha debido de intentar pervertir y confundir la mente de mi hija, o hacerla pasar por terribles experiencias, porque le ha enseñado a jurar horriblemente, y anoche, al acostarla, cuando le conté el cuento de Elisa, los osos y los niños, se echó a llorar y a gritar de forma incontrolable.

Aquí terminó su testimonio, en un ataque de histeria y llanto, intercalado con frecuentes admoniciones a la niña para que no dijera esa fea palabra, pues Myra había reconocido a Rowland y lo llamaba por su apodo.

—¿Qué naufragio es ese? ¿Dónde ocurrió? —preguntó el desconcertado magistrado a los presentes.

—El del Titán —respondieron media docena de reporteros que se encontraban en la sala.

—El Titán... —repitió el magistrado—. Entonces, este delito se cometió en alta mar bajo bandera inglesa. No entiendo por qué se asigna a este tribunal. ¿El acusado tiene algo que decir?

—Nada, Señoría —respondió Rowland en una especie de llanto seco.

El magistrado escrutó el rostro macilento de aquel hombre andrajoso y dijo al secretario del tribunal:

—Cambie esa acusación por, eh... la de vagancia.

El secretario, instigado por los reporteros, se acercó, dejó delante del juez un periódico matutino y, tras señalar un enorme titular, se retiró. La causa se suspendió mientras el tribunal leía la noticia. Instantes después el magistrado alzó la vista.

—Acusado —dijo, bruscamente—, sáquese la manga izquierda del pecho. Rowland obedeció mecánicamente y la manga quedó colgando a un lado. El magistrado lo advirtió, y siguió leyendo. Entonces dobló el periódico y dijo:

—Usted es el hombre que rescataron de un iceberg, ¿verdad?

El acusado asintió.

—¡Absuelto! —rugió el magistrado, en tono impropio de un juez. Y añadió, fulminando a la joven con la mirada—: Señora, este hombre no ha hecho más que salvar la vida de su hija. Si cuando llegue a casa lee cómo la defendió de un oso polar, dudo mucho que vuelva a contarle más cuentos de osos. Un instrumento punzante, ¡ja! —exclamó, de forma igualmente impropia de un tribunal.

La Sra. Selfridge, con expresión aturdida y bastante agraviada, salió de la sala con su indignado padre y sus amigas, mientras Myra llamaba por su feo apodo a Rowland, que había caído en manos de los reporteros. Estos lo habrían entretenido como suelen hacer los de su oficio, pero él no se dejó entretener ni quiso hablar. Escapó y fue engullido por el mundo exterior y, cuando salieron los periódicos vespertinos aquel día, lo acontecido en el juicio fue todo lo que se pudo añadir a la historia.

CAPÍTULO XVI

A la mañana siguiente, un hombre con un solo brazo encontró en el muelle un viejo anzuelo y unos trozos de cuerda; los anudó, puso algo de cebo y pescó un pez. Hambriento y sin fuego para cocinar, lo negoció con un cocinero del puerto por una comida, y antes de que anocheciera ya había pescado dos peces más. Uno lo cambió por comida y el otro lo vendió. Durmió bajo los muelles —sin pagar alquiler—, pescó, vendió y usó los peces como moneda de cambio durante un mes. Entonces se compró un traje de segunda mano y contrató los servicios de un barbero. Su nuevo aspecto indujo a un jefe de estibadores a contratarlo para contar la carga, lo que era más lucrativo que la pesca y con el tiempo le permitió comprarse un sombrero, un par de zapatos y un abrigo. Entonces alquiló una habitación y pudo dormir en una cama. Poco tiempo después encontró trabajo enviando sobres en una compañía de correos, donde la calidad y rapidez de su escritura le aseguró un empleo estable. Al cabo de unos meses pudo pedir a sus jefes que avalaran su solicitud para presentarse a un examen de la Administración pública. Se le concedió ese favor, aprobó fácilmente el examen y siguió enviando sobres mientras esperaba el resultado. Entretanto se compró ropa nueva y de mejor calidad, y no pareció tener ninguna dificultad en impresionar a todos cuantos le conocieron por su carácter caballeroso. Dos años después del examen fue elegido para ocupar un cargo muy bien remunerado en la Administración, y cuando se sentó en el escritorio de su oficina, pudo oírsele decir: «Ahora, John Rowland, eres dueño de tu futuro. En el pasado has sufrido simplemente por dar más importancia de la debida al whisky y a las mujeres».

Pero se equivocaba, porque seis meses más tarde recibió una carta que, en lo sustancial, decía así:

No me creas indiferente o ingrata. He observado desde la distancia tu maravillosa lucha por tus viejos ideales. Has vencido, y me alegro y te felicito por ello. Pero Myra no me deja en paz. Pregunta continuamente por ti y a veces se echa a llorar. No puedo soportarlo más. ¿Vendrás a verla?

Y nuestro hombre fue a ver... a Myra.



MORGAN ROBERTSON. Nació en 1861 en Oswego (Nueva York). A los 16 años, tras estudiar bachiller, se enroló en la marina mercante de 1877 a 1886. Posteriormente encontró trabajo en una joyería, pero sus problemas oculares le obligaron a abandonar este empleo fatigante para los ojos y se consagró a la escritura, especializándose en la novela y en los relatos marítimos.

Aunque era autodidacta poseía una cultura sólida y una poderosa capacidad de expresión y reflexión, según testimonian sus escritos. Era visiblemente un marginado, un hombre indignado contra la sociedad de su época, que pasó toda la vida dificultades materiales y, en este sentido, parece que Rowland, el personaje principal de su obra más conocida *El Naufragio del Titán* o *Futilidad*, sea en parte autobiográfico. En un primer momento, su libro pasó un tanto desapercibido para el gran público pero, a raíz del desastre del Titanic, se volvió a editar en Nueva York en el año 1912, apenas unos meses después de la tragedia.

También escribió, entre otros, *Los piratas*, *En el valle de las sombras* y *Más allá del espectro*, pronóstico de una futura guerra entre Estados Unidos y Japón, incluyendo un ataque furtivo de los japoneses. La historia coincide con el enfrentamiento de USA y Japón en la Segunda Guerra Mundial y el ataque a Pearl Harbor por parte de ese país asiático, hechos ocurridos años después de la publicación del libro.

Con la publicación de sus obras completas consiguió posteriormente cierto reconocimiento, a la vez que se quedaba casi ciego. Le encontraron muerto en la

habitación de un mísero hotel de Atlantic City, el 24 de marzo de 1915, sentado en un sillón cara al mar.

Notas

[1] Según la RAE: «Cabo delgado con que se aferran las velas menudas y se amadrinan cabos o palos, dándose vueltas en espiral». (N. del T.) <<

[2] Designar por sus nombres, números y valores los diferentes rumbos de la rosa náutica, así como sus opuestos y las perpendiculares y bolinas de una y otra banda.

<<

[3] Vela triangular situada en el palo más a proa de un barco. <<

[4] En el original Meyer tiene un marcado acento centroeuropeo que hemos mantenido. (N. del T.) <<

[5] Dammy (o dammit), el apodo que la niña pone a Rowland, significa literalmente «maldito». De ahí el estupor que causa entre los presentes. (N. del T.) <<